

EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.



SUSCRICION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 70 TOMO II.—SABADO 1.º DE FEBRERO DE 1845.

La redaccion está en la calle de la Manzana núm. 15 cuarto bajo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía de D. Manuel Godoy, por D. A. F. del Rio.—A un pizarro otro mayor, (novela) por D. L. Olona.—Poesía, por D. J. V. y Blanco.—Recuerdos de Sevilla, por D. J. A. de los Rios.—Poesía.—Sucesos contemporáneos.—Revista de la Quincena.

BIOGRAFIA.

EL PRINCIPE DE LA PAZ.

Nos toca en suerte poner término al periodohistórico de los reinados de Carlos III y Carlos IV,



El príncipe de la Paz: año de 1795.

referido y estudiado por las biografías de sus mas notables ministros. Plumas mejor cortadas que la

nuestra acaban de modelar las figuras de Aranda, Campomanes, Jovellanos y Floridablanca, sobre las marmóreas losas de sus sepulcros. Hace tiempo que ha empezado la posteridad para esos ilustres personajes, y de los contemporáneos de su ascension y de su caída apenas quedan unos pocos sobre la haz de la tierra: ya no percibe la generacion presente gritos de alabanza ó clamores de censura de los que les debieran agravios ó favores, y el historiador tiene expedito el medio de encomiar sus virtudes y de notar sus faltas, sin temor de que se le tache de parcial é injusto. Nuestra posicion es muy distinta, pues vamos á juzgar á una persona viva, blanco de terribles odios, aun no extinguidos en muchos corazones por el largo transcurso de los años; á un consejero de la corona, que desde la cumbre del poder y de la fortuna rodará con estrépito á los abismos de la adversidad y de la mas desastrosa miseria; á un valido, que así en sus dias prósperos como en las horas de su infortunio mereció el primer puesto cerca de sus reyes y señores, sin que se disminuyera en nada la animadversion que le profesaban muchos de sus inconsiderados compatriotas. Nos amenaza, pues, el peligro de aparecer parciales, siendo justos; y de consiguiente se une á lo mas difícil del trabajo la menor extension de nuestras luces, la menor lozanía de nuestras fuerzas.

Desde luego se nos ofrece ese personaje como el mas completo símbolo de la volubilidad de las dichas terrenales, porque, como dice un escritor malogrado, "el antiguo príncipe de la Paz, árbitro de España, y don Manuel Godoy, extranjero y particular en Paris, es la personificación del alma, destinada á ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar á su apogeo y sucumbir á la ley comun de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado á ser expectador del príncipe de la Paz caído, es el hombre á quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse á sí mismo despues de muerto." Si á través de tan contrarias vicisitudes y á orillas de extraños rios se envanece de haber nacido en España; si despues de tan continuos trastornos como se han sucedido entre nosotros, ha abierto la patria sus brazos una vez y otra á aquellos de

sus hijos que gemian en extranjeras naciones, y para don Manuel Godoy se encuentra siempre cerrada la frontera del Pirineo, grandes deben ser sus crímenes, ó nunca se ha mostrado tan á las claras la injusticia de los hombres. Es cabalmente la cuestion que vamos á examinar, segun se nos alcance, al trazar un rápido bosquejo de su historia.

Bien se adivina que nosotros no contemplamos al príncipe de la Paz por el prisma que le contempláran nuestros padres. Como un personaje odioso nos



D. Manuel Godoy Alvarez de Faria: año de 1845

le describian apenas despertábamos de los áureos y fantásticos sueños de la infancia: tambien atribuian

al rey intruso faltas físicas y morales, que nunca le zonocieron sus mas allegados: habian tambien calificado de traidores á los caudillos de la independencia, que, modelos de lealtad y de patriotismo, perdian una batalla por su desventura ó por su impericia. Véase como, sin prescindir de lo que la equidad aconseja, no podemos ser eco obligado de sus pasiones, ni el lenguaje que estas les inspiraron puede servirnos de infalible pauta cuando en pos de la verdad caminan nuestras investigaciones. Amaestrados por la turbacion de los tiempos en que vivimos, ya que no por la enfadosa experiencia de los años, vemos á cada instante cuán torcidamente se interpretan las palabras que vibran en nuestro oido, como se desnaturaliza el carácter de los sucesos que pasan á nuestros ojos, de qué modo el espíritu de partido reviste de importancia, y circunda de misterio lo que mas il significante nos parece. Y eso que ahora la tribuna y la imprenta son espaciosos canales por donde la verdad logra facil y libre curso, mientras que á fines del siglo pasado y á principios del presente, una frase pronunciada al acaso por un ministro, repetida y tergiversada por officiosos palaciegos, iba á servir de recreo á los que frecuentaban los altos salones; donde corria como chisme, para descender á los hogares de la aristocracia, convertida en sospecha, y de allí á los corrillos del vulgo convertida su calumnia: tal vez bajo esta forma cundia de nuevo por todas las clases de la sociedad en escala ascendente, y no se necesitaba otro documento para formular un capítulo de culpas contra el autor de la frase, y ocasionar su caída, si era cosa asequible en aquel momento, ó parapetarse unánimes en vigilante expectativa, enfrenando sus rencores hasta que estallaran con fruto en mas favorable coyuntura. Enseñanos ademas la historia de todos los países, que para un personaje que caiga del mando por merecida pena, caen ciento heridos con las formidables armas del ridículo, ó abrumados con el enorme peso de la calumnia. A cada época sus pasiones, su reparación á cada agravio.

Hijo de padres nobles, modestos de fortuna, y rígidos de costumbres, vió la luz del mundo don Manuel Godoy Alvarez de Faria, en la capital de Extremadura el día 12 de mayo de 1767. Pasó allí la infancia y los primeros años juveniles, dedicándose á las humanidades; á las matemáticas y á la filosofía en sus horas de estudio, á la equitación y á la esgrima en sus ocios. Vino á Madrid en 1784, año del nacimiento del último Fernando, y entró al servicio del buen Carlos III en el cuerpo de Guardias de su real Persona. Nada tenia de vulgar la instruccion del jóven guardia, ni de desventajoso su talento, por mas que se haya dicho en contrario: podia, pues, lograr medro en alguna carrera del estado, ya que á la sazón se consideraba aquel cuerpo como el plantel de todas, saliendo de allí canónigos, consejeros, intendentes, corregidores y hasta cartujos; cuando menos, por rigurosa antigüedad, sin otros méritos ni favores, hubiera llegado á figurar en la mas alta clase de la milicia. Cultivando la amistad de dos camaradas franceses y de algunos padres del Espíritu Santo, adquiria mas caudal de conocimientos y se familiarizaba con varios idiomas: rara vez concurría á las públicas diversiones, y tenia el juego por *muer-te y sepultura del tiempo*. Vivía, pues, como en soledad oscura el jóven guardia, que algo mas tarde debia eclipsar á todas las notabilidades aristocráticas de la capital de un dilatado reino con el brillo de sus espléndidos festines. Por entonces sus escasos medios de fortuna no le permitian alternar en prodigalidad y lujo con la mayor parte de sus hermanos de armas, hijos de opulentas familias españolas, francesas, flamencas y americanas, y así se retraía de frecuentar las altas sociedades, á donde podian abrirle desembarazado camino lo ilustre de su alcurnia, su profesion honrosa, y mas que todo, su gentil presencia, rostro agraciado y airoso porte. Con su corto sueldo y unas asistencias proporcionadas á la no abundante hacienda de su padre, si atendia á sus mas perentorias necesidades, distaba mucho de alcanzar una existencia cómoda y holgada.

Llegamos á la época de su encumbramiento: pasemos por ella con la rapidéz que caracteriza el tránsito de don Manuel Godoy desde el cuartel de Guar-

dias al Consejo y á la grandeza de España y á la primera secretaría del Despacho.

Habianle precedido en aquel puesto dos personajes de ilustre renombre, y ambos de edad avanzada: uno de ellos tímido é irresoluto, impávido el otro y tenáz en sus resoluciones. Carlos IV, de natural bondadoso y apacible, celoso por la tranquilidad y ventura de sus pueblos, no se avenia con Floridablanca, porque sus vacilaciones y perplejidades paralizaban el curso de los negocios: Aranda no le agradaba, porque sus consejos tenian mucho de mandatos, y mucho de obstinacion y porfia las razones con que apoyaba sus medidas de gobierno. Quiso, pues, investir con su confianza á un hombre que comunicase impulso á la máquina gubernativa, consultando su voluntad suprema, capaz de plegarse á la persuasión que fascina, á la modestia que discute, no á la rigidéz que nunca cede, ni á severas condiciones, que por carecer de disyuntiva, enojan ó avasallan; y para realizar sus saludables fines, hizo que recayese la eleccion en don Manuel Godoy, ya duque de la Alcudia.

Corria á la sazón el 15 de noviembre de 1792: hallábase la nacion española frente á frente de la nacion francesa, donde desbordándose el torrente revolucionario acababa de arrancar de raíz en su impetuoso curso y despues de rudas acometidas el trono de los Clodoveos y Carlo-Magnos; se habian hecho ya en la Convencion nacional diversas mociones para someter á juicio al que lo ocupaba, mientras allí teniamos pendiente un tratado de neutralidad y de desarme. Mucho riesgo habia para España de venir á las manos con la nueva República, engreida de resultados de sus triunfos sobre ejércitos poderosos en las fronteras del Norte; y suficiente motivo habia en esto para que se arredrase un jóven no experimentado y puesto al frente de una monarquía, cuyo ejército apenas ascendia á treinta y seis mil hombres, y cuya riqueza, siendo mucha, estaba mal repartida. Favoreciale, no obstante, la fé y el patriotismo de los pueblos, el profundo respeto de todos los españoles á la religion de sus antepasados, y su espíritu de independencia, que á tanta altura les coloca en los anales de las naciones. En tan difíciles circunstancias, con tales elementos, ambicioso de gloria y opulento de esperanza, se aventuró el duque de la Alcudia á las regiones del mando.

Sus primeros actos políticos conservan entre sí tan íntima trabazon y eslabonado enlace, que sin prescindir de lo que la claridad exige, pueden ser analizados en conjunto. Figura en primer término la mediación que por su consejo interpuso Carlos IV en favor de Luis XVI, y á nombre de la nacion española. Fue un pensamiento de los que mas honran y ennoblecen al que tiene la dicha de concebirlos. Para dárlo cima, no perdonó afanes ni solicitudes, ya abriendo á nuestro agente en París un crédito sin tasa, ya comunicándole instrucciones hasta para consentir en la abdicacion del infeliz monarca prisionero en el Temple, y dar rehenes que asegurasen el cumplimiento de su palabra, ya remitiendo juntamente con la mediacion la minuta del tratado, ya en fin, procurando interesar á la Gran-Bretaña para que cooperase al buen éxito de tan ilustre y honrosa empresa. Ni hubo amenazas imprudentes, ni se puso en compromiso la dignidad de la corona de España: conciliáronse tan hábilmente todos los extremos, en combinacion con las circunstancias de la época, que si la mediacion no se admitia, todo el baldon y toda la afrenta se volvian contra aquellos hombres de sangre, terror de Francia y escándalo de Europa; y si la catástrofe se consumaba, venia á ser indispensable la guerra, aun no interponiéndose mediacion alguna. De consiguiente, lo que se dejaba á la eventualidad de las cosas, podia ser favorable al logro de tan magnánimos deseos: previsto estaba el giro adverso que podia tomar aquel negocio; equivalia á un juego en que siendo la pérdida segura, no se desperdiciaba ninguna de las probabilidades de ganancia. Desoida fue la mediacion de Carlos IV, y Luis XVI, gefe de su augusta familia, cambió la corona de rey por la de mártir el 21 de enero del siguiente año.

Viene en pos la guerra con Francia sostenida en tres campañas con desigual fortuna, si bien siempre con honra y con denuedo. Al grito de guerra

respondieron los españoles con himnos de entusiasmo, y en el discurso de pocos días se llenaban las filas de voluntarios y rebosaban las arcas del tesoro de donativos, allí amontonados por todos, sin distincion de clases, desde el poseedor de pingües rentas hasta el andrajoso pordiosero; muestra inequivoca de lo popular de aquella guerra. A fines de la primera campaña poseíamos en el Rosellon á lo largo de las orillas del Tech todas las fortalezas que forman la llave de la parte oriental del Pirineo, mientras retrocedian al Rhin las tropas de Austria, y se refugiaban los prusianos bajo el cañon de Maguncia. Al terminar el año de 1794, sin quedar tan mal parados, sufrimos desastres análogos á los que cayeron sobre las potencias del Norte, con la pérdida de Fuenterrabía, San Sebastian, Tolosa y el castillo de Figueras, correspondiéndonos la gloria de haber sido los últimos de los adversarios de Francia en evacuar su territorio con la rendicion del fuerte de Bellegarde á los tres meses de riguroso asedio. Corta fué la tercera campaña, y en ella se lidiaba por ambas partes con bravura, aunque sin encarnizamiento: teatro especial de tan caballerosa lucha fue el punto de Bascara, ganado y perdido repetidas veces por unos y por otros. Solo dejamos de poseer entonces el puerto de Rosas: del lado de las provincias Vascongadas inútiles fueron los afanes de los franceses, dirigidos á caer sobre Pamplona y á pasar el Ebro. Así las cosas, vibraron por todo el ámbito de España rumores de paz con las primeras brisas de la primavera. Desmembrada ya la coalicion, diversas naciones habian reconocido la República francesa; allí habian ya sucumbido en la jornada de 9 de thermidor Robespierre y sus parciales; y la paz que nos proponia el nuevo gobierno debia aceptarse en términos honrosos; espondiéndonos de lo contrario á quedar solos en la lucha, ó á empeñarnos en porfiadas lides á fin de que Francia devolviera sus conquistas al imperio de Austria. Firmóse, pues, la paz en Basilea con fecha 22 de julio de 1795; merced á ella recobramos todos los puntos ocupados en España por los franceses, sin mas condicion que la de cederles la parte española de la isla de Santo Domingo, donde las turbulencias se aumentaban de día en día, hallándose de continuo en vísperas de sublevarse, y ocasionándonos enormes dispendios en vez de producirnos ventajas; aquel territorio, como dice un historiador célebre, *no era ya de nadie*. Hízose de consiguiente la paz en tiempo oportuno y como correspondia al honor nacional, de que siempre se mostró digno órgano el duque de la Alcudia.

No se avino la Gran Bretaña con tan cuerda política, y atenta siempre á los intereses de la suya, perseguia nuestro pabellon en los mares, desentendiéndose de la fé de los tratados y de la justicia de nuestras reclamaciones, hasta que se hizo indispensable un rompimiento. De aquí el tratado de San Ildefonso, por el cual quedó establecida comunidad de intereses entre la República francesa y la Nacion española solo respecto á las hostilidades contra la Gran Bretaña: de aquí la guerra marítima en que nuestra armada adquirió tan inclitas glorias así en la próspera como en la adversa fortuna; así en Puerto Rico y en las Islas Canarias, donde perdió Nelson un brazo, como en el Cabo de San Vicente, donde por descuido ó fatalidad del gefe de nuestra escuadra perdimos seis naves.

Realizados los proyectos del duque de la Alcudia despues de salir airoso en la guerra contra Francia, acariciado con el suave soplo del aura popular, y universalmente aplaudido de resultados de la paz de Basilea, título de su principado, instó una vez y otra á Carlos IV á fin de que le admitiese la dimision de su cargo. Rehusábalo el buen monarca, y por un error de cálculo se propuso formar un parapeto de gracias y mercedes enrededor de su primer ministro, imaginando que en ellas habian de embotarse los tiros de los que empezaban á mirarle con enemistad y encono. Por eso le nombró príncipe de la Paz, y coronel general de las Guardias Suizas, haciéndole cesion perpétua é irrevocable del Soto de Roma, y enlazándole á su egregia familia. Por último, en 28 de marzo de 1798 accedió Carlos IV á las reiteradas súplicas de su va-

jido, el cual ya se había asociado en el ministerio á Saavedra y al ilustre Jovellanos.

Por no interrumpir el hilo de nuestra narración hemos omitido hablar de la desgracia del conde de Aranda, sobre la que tantas fábulas se han escrito. Tuvo su origen en una sesión del consejo celebrada á fines de la campaña de 1793, en que tan ínclitos lauros cifieron la heroica frente de nuestras tropas. Insistía el conde de Aranda en la injusticia de aquella guerra, opinión que no prevalecía en el consejo: replicaba el duque de la Alcudia á las razones del conde, y natural parecía que se engriese algún tanto, viendo las inequívocas muestras de asentimiento con que el buen Carlos IV acompañaba las frases de su primer ministro. Luego que hubo terminado, dirigió el rey al anciano conde una de esas miradas mas elocuentes que un discurso, creyéndole persuadido, como S. M. C. lo estaba, de la justicia de la guerra contra la República, y de lo imposible de replicar victoriosamente: comprendióla Aranda, y con mas áspero estilo, con menos templanza y con espresiones mas adustas de las que es lícito emplear dirigiéndose al soberano de dos mundos, dijo: «que tenía por inútil toda especie de argumentos, aun cuando le sería fácil responder á las razones no tan sólidas como agradables, presentadas en favor de la guerra.» Del choque de las pasiones, que afean el curso de dos opuestas edades, provino un acto de justicia por parte de la corona: el amor propio ofendido del anciano conde por el halagado orgullo del joven duque, trajo en pos la frase de «Con mi padre fuiste terco y atrevido, pero nunca llegaste hasta insultarle en su consejo:» frase precursora del destierro del antiguo ministro á la Alhambra. Y en verdad no era aquella la vez primera que aparecían encontrados en opiniones el conde de Aranda y el duque de la Alcudia; pues cuando este propuso la mediación en favor de Luis XVI, aquel no la aprobaba por las consecuencias de una negativa: entonces luchaban dos ideas contrarias, pero ambas de origen noble, pues si honra sobremanera á la juventud el ímpetu de sentimientos generosos, mucho autoriza á la ancianidad la madurez del raciocinio: en la mocedad todo es corazón, como es en la vejez todo cabeza.

Lejos de los negocios el príncipe de la Paz por largos meses, no se había enagenado el particular aprecio con que galardonaba Carlos IV su lealtad nunca desmentida. Ocasiónábale disgusto ver á sus sucesores desviarse en algunos puntos de la línea de conducta seguida durante su ministerio, al paso que le servía de satisfacción notar como en lo concerniente á relaciones extranjeras se atenían al rumbo por su prevision trazado. Sin que influyese en la marcha de la política, otros hombres en las esferas del mando sancionaban de una manera explícita todos sus actos en la parte en que la maledicencia ó la envidia imaginaron fundamento de acriminación ó de censura. Harto bien se descubre en la discordancia de pareceres de unos mismos adversarios, que de ruines pasiones provenían aquellos ataques, ridículos por lo intempestivos, débiles como vagos é inciertos, pues no se concibe de qué modo pudo cometer una falta el duque de la Alcudia blandiendo las armas con universal aplauso de sus compatriotas, é incurrir en un yerro depониéndolas con gloria y al compás de las entusiasmas y unánimes aclamaciones de los pueblos.

Al cabo de algun tiempo tornó á ingerirse el príncipe de la Paz en los negocios del Estado, ya por vía de mediación, ya por vía de consulta. Por vía de mediación obtuvo que fuese revocada la orden espedita al nuncio de la Santa Sede para que saliera del reino en determinados dias, á consecuencia de sus acres reclamaciones, cuando el espíritu de escuela quiso convertir en ley vigente una medida transitoria, por la que se restablecieron algunas prácticas de la antigua disciplina, interin se nombraba sucesor á Pío VI. Por vía de consulta hubo de redactar un informe, en que se traslucía su esmerado celo por los intereses nacionales, con motivo de la cesion del gran ducado de Toscana, erigido en reino para un infante de Castilla, propuesta por el general Bonaparte en cambio de la Luisiana. Por vía de mediación apartó á Carlos IV del propósito de enviar á Roma

los obispos y eclesiásticos designados como innovadores, y de separar de sus empleos á todos los seglares, comprometidos en aquellas disputas: solo con la recepcion de la bula publicada en la capital del mundo cristiano á 28 de agosto de 1774, aplacó el príncipe de la Paz el justo enojo del Sumo Pontífice y del rey de España, libertando á preladados ilustres y á virtuosos sacerdotes de las cavilosas pesquisas de la curia romana, y conservando á empleados beneméritos el goce de sus destinos. Por vía de consulta, y cuando Portugal era un obstáculo para la paz de Europa, propuso que España interviniera cerca de aquella corte, siendo la Francia auxiliar suya; y si á pesar de nuestros buenos oficios no cerraba sus puertos á Inglaterra, invadiríamos su territorio, sin gravar á los pueblos, ni acudir á empréstitos ominosos, por hallarse directamente interesados los cabildos en aprontar los recursos pecuniarios, indispensables para dar cima á tamaña empresa. Convino Carlos IV en aquel proyecto, encargando de su ejecución al príncipe de la Paz, como predilecto depositario de su real confianza.

Fuera fatigoso en demasía, al par que inútil de todo punto, detallar uno por uno los sucesos acaecidos de 1801 á 1808, desde la campaña de Portugal, en que alcanzaron las tropas españolas brillantes y rápidos triunfos á las órdenes del valido del monarca, hasta su caída en uno de los sitios reales. Nadie ignora tan ruidosos sucesos, y á nuestro propósito solo cumple abarcar en globo su espíritu y la posición respectiva de las personas que en ellos intervinieran, trazando con mas vivos colores la figura del príncipe de la Paz en ese cuadro de composición difícil y complicada.

Había tendido Bonaparte sobre su bufete el mapa de Europa, transformándolo en tablero de ajedrez y dividiendo sus naciones en otras tantas casillas: movía á su antojo las piezas, y las divisiones que hoy le proporcionaban medios para sus combinaciones, servían mañana de blanco á sus irresistibles ataques: no de otro modo podía ser árbitro de la diplomacia del continente: solo estrechando de continuo á alguna potencia le era dado prolongar el éxito de aquella partida, en que se atravesaban ricos imperios. También le estaba reservada allí á España su correspondiente casilla, y por su colocación parecía á propósito para combinar el juego de una manera ventajosa, mientras no le llegara el turno de estar en jaque.

Al frente del gobierno, con un carácter indefinible y en posición excéntrica, se hallaba el príncipe de la Paz por aquellos dias: no manejaba á su albedrío los negocios: caía sobre su cabeza toda la responsabilidad de los sucesos: siempre en lucha con elementos contrarios, en medio de terribles escollos, y fuertemente asido al timón, dirigía la nave del Estado con vacilante curso, para enderezarla á seguro puerto.

Muy distantes nosotros de convenir con los que suponen al príncipe de la Paz notable por su indolencia y por su ignorancia: persuadidos de que escudía en solicitud y en talento á casi todos sus sucesores en el mando hasta la época presente; si nos viéramos en el compromiso de establecer un paralelo entre su capacidad y la del hombre de las batallas, nos limitaríamos á comparar un grano de arena con la prodigiosa cordillera de los Andes.

Sentadas estas premisas, natural parece que no llevara España la mejor parte en sus negociaciones diplomáticas con el emperador de los franceses. A menudo, cuando este explica un deseo, se niega á cumplirlo el generalísimo de los ejércitos españoles: se opone asimismo otras veces á lo que exige aquella voluntad de hierro: cede cuando conjetura que puede hacerlo sin desdoro: si vibra en sus oídos la amenaza se apresta á la lucha con singular denuedo. Napoleon sabe dorar las exigencias con el barniz del ruego, que nunca envilece al poderoso: conoce el flaco de la corte de España, y la adormece con alhagüenas contemplaciones: hábil en aprovecharse del entusiasmo producido aqueando el Pirineo por la relación de sus hazañas, y del prestigio de aquel entusiasmo engendro, no perdona manera de enlazar con mas estrechos vínculos el destino de nuestra monarquía á la del imperio, que funda bajo su formidable planta. Envuelto el príncipe de la Paz en tan entretegidas redes, si consigue romper su menuda malla á impul-

sos de acrisolado patriotismo, se enreda en nuevos lazos, porque estallan discordias intestinas hasta en el recinto del alcázar régio; y si solicita con vivas instancias su retiro, para gemir á solas el infortunio de su patria, ya que se rehúsa el único medio que á la salvación abre camino, su entrañable adhesión á Carlos IV, su gratitud y lealtad de sentimientos, le amarran irrevocablemente al pie del trono de Castilla.

Arida senda de abrojos cruzaba el príncipe de la Paz en los últimos años de su preponderancia. Napoleon se había escedido con sus exigencias hasta el extremo de ser preciso que España lanzara sobre él sus huestes y volviera por su decoro, ó sucumbiera con gloria. Carlos IV quería á todo trance conservar la paz á sus pueblos. Detrás del príncipe de Asturias se habían hecho fuertes los enemigos del príncipe de la Paz, ya numerosos por entonces. Así se explica la famosa proclama del 6 de octubre de 1806 llamando á los españoles á las armas; y la felicitación dirigida á los pocos dias al emperador de los franceses por sus pasmosos triunfos; y los sucesos del Escorial, sobre los que no diremos una sola palabra, porque á toda costa queríamos borrar de nuestros anales tan escandalosas escenas.

Desde el instante en que el príncipe de la Paz, convencido de que la hidalguía castellana lidiaria siempre de una manera desventajosa con el artificio del emperador de los franceses, quiso con gran cordura demandarle cuenta de sus desafueros en los campos de batalla: desde el dia en que no pudo inclinar el ánimo del venerable monarca español á seguir su juicioso consejo, ninguna parte debía haber tomado en los negocios públicos: víctima de la lealtad hizo á su soberano un sacrificio costoso, por el cual ha recojido larga cosecha de amarguras. Aquel preludio de la heroica lucha de la independencia hubiera precavido acaso grandes trastornos, si bien la ocasión era prematura, porque pocos penetraban entonces que los designios de Napoleon propendían á extinguir de los sólios de Europa la antigua raza de los Borbones.

Y aquí conviene mencionar un hecho de suma importancia. Mientras vivía la esposa del príncipe de Asturias, los enemigos del príncipe de la Paz se mostraban propicios á la Inglaterra, y eso que Napoleon no había ostentado hasta entonces designios hostiles contra España. Viudo el príncipe de Asturias, los enemigos del príncipe de la Paz hacían depender el triunfo de su causa del matrimonio del heredero de la corona con una princesa de la familia del emperador de los franceses, y eso cuando éste había ya usado con nuestra corte el lenguaje de la amenaza. Si esto no bastase para demostrar que en los cavernosos manejos de aquella falange no se tenía por norte el bien de la nación española, lo confirmaría el deshonroso papel que hicieron sus gefes y directores, mientras los hijos de España se batían á muerte con las legiones imperiales en las gargantas del Bruch, en las llanuras de Bailen y tras las débiles tapias de Zaragoza y de Gerona.

En el tratado de Fontainebleau, al cual hubo de someterse España como á una necesidad imprescindible segun el estado á que habían llegado los negocios, se le brindaba al príncipe de la Paz con la soberanía de los Algarbes. Despues de creer nosotros que nada hubiera perdido España con la realización de semejante proyecto, todavía nos parece absurdo que el príncipe de la Paz tuviese fe en las promesas del que tantas veces las había quebrantado, é inverosímil que ambicionase aquel trono. Sin faltar á la dignidad de la historia, no se puede admitir ni por un solo momento la especie de que el príncipe de la Paz abrigase el pensamiento tan ruin como irrealizable de usurpar al príncipe de Asturias sus legítimos derechos. Había, sí, querido completar su instrucción, solicitando del buen Carlos IV le permitiese viajar por Europa, y oponiéndose á su temprano matrimonio, que destruía para siempre tan bien meditados planes: esto hubo de dar margen á que sus enemigos forjaban contra su persona armas de tan mal temple.

A consecuencia del tratado de Fontainebleau cruzaban el Vidasoa ejércitos franceses á principios de 1808: en vez de marchar via recta á Portugal, se hacían dueños con malas artes de nuestras plazas y castillos: evidentemente se iban á arrojar las águilas del

imperio sobre el león de España. Mas previsor que nadie el príncipe de la Paz, quería aminorar el peligro, y combinaba la traslación de la corte á la isla gaditana con sustituir al gobierno de los vireyes en América el de los infantes de España, autorizándolos el título de *principes regentes*. Un motín, que sea dicho de paso, abona otros muchos motines de épocas posteriores, contra los cuales truenan de continuo en la tribuna nuestros legisladores y ministros, vino á dar al traste con aquel excelente proyecto y á arrancar la corona de las venerables sienes de un anciano.

Congojosa fue la situación de don Manuel Godoy por espacio de treinta y seis largas horas, desde la noche del 17 de marzo hasta la mañana del 19, en que descubriéndose á un artillero al descender del desván en que se hallaba escondido, y no entre un rollo de esteras como hasta la saciedad se ha propagado, aquel saltó á la escalera y pronunció el nombre de Godoy con voz pasmada. Entonces el que dos días antes pudo causar la ruina de sus enemigos, bajó á sus desmantelados aposentos y observó entre los que los poblaban toda clase de impresiones: *en unos el respeto, la ofuscación en otros, la enemistad en pocos, la compasión en muchos, la indecisión en todos*. Acaso había recursos todavía para libertar al desventurado Godoy del furor de la plebe; pero cundía por fuera la noticia de haber sido encontrado, y se agolpaba la muchedumbre á las puertas de su casa, pidiendo su muerte con desaforados y soeces gritos. Un piquete de Guardias de Corps, entre los cuales contaba Godoy pocos amigos, si bien todos eran generosos como cumplidos caballeros, le libró de segura muerte, formándole muralla con sus hidalgos pechos. A pesar de los esfuerzos de aquellos ilustres militares, fue muchas veces maltratado el infeliz á quien protegían, recibiendo una peligrosa herida sobre el ojo derecho de resultas de una pedrada. Por fin, asido á los arzones de las sillas de los caballos pudo llegar al cuartel de Guardias; allí su primer conato fue aplacar la calentura de la sed, la peor de todas, *la mas aguda, la mas punzante; sed que no deseaba al mas encarnizado de sus enemigos*.

Sabemos de boca de uno de los caballeros guardias que en tan aciago día custodiaban á Godoy, postrado en triste lecho, que al percibir las voces del tumulto suscitado por la tarde, so pretexto de haber aparecido junto al cuartel de Guardias un coche de colleras, preguntó sin alterarse: «¿qué gritan esas gentes?»—Aclaman á Fernando VII, le contestó el centinela, ocultándole prudente que con tales vivas se mezclaban mueras á su persona.—«Mucho le dure—repuso Godoy, y desde entonces no volvió á desplegar sus labios. Mucho le dure; frase elocuente y en extremo conceptuosa: si se refería á las circunstancias del momento, acusaba de ilusos á los que presumían, y por desgracia no eran pocos, que ascendido al trono Fernando VII, gozaría pacíficamente de su adquisición, irregular por lo prematura y por los abominables alborotos que la acompañaron, á la vista del emperador de los franceses: si se refería á lo futuro, si indicaba que aquel monarca tan deseado habría de enagenarse muy pronto el cariño de sus pueblos, no bien gobernase á sus anchuras, aquella frase tenía mucho de profecía.

Restablecido Godoy de su herida y trasladado al castillo de Villaviciosa, donde ni aun tuvo ropa para mudarse, pisó á fines de abril el país extranjero, en que poco después se hizo aquel juego de cubiletes con la corona de dos mundos: farsa indigna del capitán orlado con la aureola de las Pirámides y de Marengo, y contra la que nada pudo el que había dejado de ser generalísimo y almirante de España.

Inmensa série de pesares le había reservado el cielo. Condenado ante todo á ser espectador pasivo de los triunfos de sus compatriotas, tenía el desconsuelo de no ser partícipe de sus peligros y de sus laureles. Desventurado peregrino, seguía después por extraños países, la huella de sus reyes y señores, que partían con su leal y constante amigo el amargo pan del destierro. Mustio y dolorido asistía mas tarde al lecho de muerte de los que le colmaran de distinciones, y gemía sobre sus tumbas arrastrado por la Providencia á la vejez y al desamparo. Mucho le engrandece y le sublima á nuestros ojos ese cruel martirio, que ha sobrellevado con la heroica resignación

de un grande hombre: mil veces mas que lo ilustre de su cuna y que los títulos debidos á la munificencia de sus reyes, le ensalza sin duda esa pobreza honorífica y santa en que le ha sumido un año y otro la ignominiosa ingratitud de los hombres, y la proverbial honradez del que, dueño de fabulosos caudales, se había afincado en su querida España sin poner á salvo un solo real en los bancos de Europa; conducta doblemente digna de encomio por la triste circunstancia de contar bien pocos imitadores. De seguro se requiere grande elevación de espíritu para sobrevivir á tan aterradoras y prolijas vicisitudes, zumbando siempre en torno del pobre emigrado el penetrante ahullido de la calumnia, y permaneciendo mudo como los sepulcros de sus bienhechores, á quienes había hecho solemne promesa de no dar á luz sus memorias hasta un plazo indefinido, antes del cual parecía natural que le sorprendiese su hora postrera.

Habituados desde la mas tierna infancia á oír de boca de nuestros padres cuán apacibles y venturosos se deslizaban los días del reinado de Carlos IV, é inclinándonos despues un irresistible instinto al estudio de la historia, averiguamos con efecto que á la sazón no se hallaba devorado el país por la carcoma de los partidos políticos ó banderías, causa única de los duelos y quebrantos posteriores: había pureza en el manejo de los fondos públicos y se cubrían con escrupulosa religiosidad todas las necesidades del Estado: aun no se pensaba en ensayar el incienso sistema, despues en tanta boga, de establecer leyes excepcionales: se desconocía la saña de las persecuciones en masa y en detalle, contra las personas y contra los partidos: nadie era juzgado sino por sus naturales jueces: muchos españoles vivían entonces lejos del suelo pátrio, no en verdad llorosos y proscriptos, sino ocupados en viajes científicos, ó llevando con Balmis por toda la redondez del globo el benéfico invento de la vacuna: si ocurría algun desórden dentro de la monarquía, al punto brotaban de los augustos labios del rey palabras de perdón y de clemencia: se introducían mejoras en todos los ramos del gobierno, y en la elección de individuos para el desempeño de los cargos públicos se tenía el mérito por la mas atendida de las recomendaciones en todas las carreras: nunca gozó de tanto influjo como entonces la aristocracia del talento: jamás se dispensó tan franco y liberal patrocinio á las ciencias y á las artes. De ello dan testimonio las excelentes y numerosas obras publicadas y el largo catálogo de hombres ilustres, que fueron honra y prez de aquella época y viven en la memoria de todos los españoles. Dícese por algunos, que tan insignes varones se habían formado en la escuela del anterior reinado: en nuestro sentir, el que derrama la simiente y el que la cultiva afanoso para que no se malogre el fruto, alcanzan iguales merecimientos. Hay mas: si aquellas fúlgidas lumbreras de la ilustración habían adquirido su brillo durante el paternal reinado de Carlos III, sin incurrir en una contradicción enorme no se puede desconocer que tantas celebridades como resplandecieron en las cortes de Cádiz, y en las campañas de la independencia, y en las cátedras de las universidades y colegios donde se ha prolongado su pródiga enseñanza hasta ahora, bebieron en las fuentes de la sabiduría mientras ocupaba el trono de España Carlos IV. Tupida venda cubre los ojos del que no comprenda cuánta razón les asiste á nuestros padres para recordar aquellos tiempos como la memoria de un bien perdido.

Causábanos estrañeza ver confirmado en las historias todo lo que habíamos oído de sus respetables labios con infantil embeleso, mientras á renglón seguido atribuían todos los desastres de España á don Manuel Godoy, que casi sin intermision había gobernado sus destinos todo el tiempo que ciñera la corona aquel monarca, cuyo reinado les inspiraba tan sinceros encomios; y fluctuábamos entre dudas y perplexidades sin hallar de pronto solución al enmarañado problema, cuya fórmula es la siguiente: «á Carlos IV somos deudores de sabias reformas y de copiosos beneficios: Godoy, su valido, es el único autor de nuestros males.» Sin embargo, este problema se resuelve de una manera muy sencilla. Promoviendo el príncipe de la Paz sin tregua y sin descanso la reforma de los abusos y el progreso de las luces, mostrándose siempre propicio á brindar protección á todo el que se

distinguia en las artes y en la literatura, en la industria y en el comercio, repugnándole la aspereza del castigo hasta para sus mas sañudos adversarios, tenía contra sí el origen de su encumbramiento. Celoso por el honor nacional, y en perpétua lucha con las exigencias del emperador de los franceses, se vino encima de España el nublado de sus numerosas falanges, y naturalmente había de conjurarse la opinion pública contra el que se hallaba á la cabeza del territorio invadido; y el crédito del príncipe de la Paz sucumbía de este modo al terrible peso de las circunstancias. En suma, si la flaqueza humana no se albergase bajo la púrpura de los reyes; si la revolución francesa no hubiese abortado de sus ruinas un gigante que estrechaba á la Europa solo con un movimiento de sus ojos, Godoy sería colocado por voto unánime en primera línea entre los ministros españoles.

Ya encanecido y tembloroso por los años y por las desgracias, ha publicado sus interesantes memorias: leal á su palabra, aun nos serian desconocidas si Fernando VII no reposase en el régio panteón de sus progenitores. Antes de su lectura teníamos formado el juicio que hemos estampado sobre la época de su gobierno: de todos modos hubiéramos consultado á menudo el texto de sus memorias por la copia de datos y documentos que las sirven de base, porque nadie ha desmentido los hechos que allí se consignan, y porque la voz de un anciano que aspira solo á restaurar su honra y el lustre de su patria, á la hora en que se balaceea su débil cuerpo al borde del sepulcro, es para nosotros evangélica y sublime. De no haber comprendido así al príncipe de la Paz, desentrañando la verdad histórica de la urdimbre de calumnias en que se ha envuelto su nombre, nada hubiéramos escrito de su persona, por no acibarar con mas veneno las últimas horas de su existencia, por no lastimar su oído con nuevas acusaciones.

Cuando las generaciones venideras lean en las crónicas el desastroso fin de don Alvaro de Luna, decretado por don Juan II, que con sus espléndidas mercedes acaso no había llegado á equilibrar los eminentes servicios de aquel gran maestre de Santiago, y lo comparen con ese entrañable cariño de Carlos IV destronado á su antiguo generalísimo y almirante, culpándose á sí propio del infortunio de aquel á quien había levantado de la nada, encontrarán sin duda asunto de serias meditaciones en un ejemplo, á que en vano buscarían equivalente en las historias.

Diversas veces han insertado los periódicos de la corte la noticia de que al príncipe de la Paz se le habían devuelto sus bienes; y todos lo han leído, no solo sin estrañeza, sino con el sentimiento satisfactorio que excita la anulación de una medida arbitraria. Hasta se ha llegado á anunciar su venida á Madrid, y muchos acudían al sitio donde se suponía que moraba, ansiosos de verle, é impelidos por una curiosidad análoga á la que anima al viajero en presencia de un monumento, sobre cuyos escombros estudia los misterios de antiguas edades. En muchas ocasiones se ha mandado activar el proceso abierto al príncipe de la Paz en la primavera de 1808 con el embargo de sus propiedades: nunca se ha podido avanzar un paso en ese incalificable espediente: por último, en 1840 ha declarado el tribunal supremo, que no halla méritos, ni datos, ni manera hábil de comunicar impulso á tan estrepitosa causa: procedía, pues, el sobreesimiento; y si aun no se ha fallado, es de esperar que la flor y nata de la magistratura española enmiende en fin tamaña injusticia. Entonces don Manuel Godoy Alvarez de Faria dejaría de deber su sustento á la limosna que con benévola mano le reparte Luis Felipe; vendría á morir en el seno de su querida patria, por la que suspira hace muy cerca de diez lustros; y los contemporáneos de esta medida reparadora saludarían en señal de respeto las canas del desvalido anciano, así como los contemporáneos de su poderío hacían profundas reverencias delante de las cruces de sus banderas y de los bordados de sus uniformes en solicitud de mercedes.

ANTONIO FERRER DEL RIO.





NOVELA.

A UN PICARO

OTRO MAYOR.

I.

Delicioso es disfrutar de una hermosa mañana de invierno en los alegres campos de Andalucía. Cuando las espesas brumas de diciembre desaparecen y descubren aquel cielo purísimo y azul, cuando el sol vivifica con sus rayos las hojas que marchitarán un día antes los rigores del frío y reanima y da color á aquella naturaleza yerta y apagada, difícilmente se echa de menos nuestra alegre primavera, rica de flores y perfumes y radiante de lozanía y juventud. Sin los crudos vientos de Castilla, sin las fuertes heladas del Norte, apenas corona la nieve las crestas de alguna empinada sierra, y rara vez las poblaciones meridionales se miran cubiertas de aquella blanca capa que dá tan melancólico aspecto á las ciudades del interior. Cruzando empero la fértil vega de Granada ó guiando los pasos hacia una de las muchas posesiones campestres que se encuentran en aquel jardín inmenso, preséntase á los ojos del viajero la pintoresca *Sierra Nevada*, elevándose magestuosa sobre la reina del Genil, y ostentando risueña sus hielos plateados por los rayos del sol, y eternos como la masa sobre la cual gravitan. Paisaje es este tan ameno, que su vista sola produce cuantas impresiones halagan los sentidos, cuantos recuerdos deleitan nuestra alma; y si lo recorremos cuando la luz de la mañana lo ilumina benéfica y resplandeciente después de largos días de lluvias y encapotadas nubes, parece que el corazón se ensancha y cobra nueva vida y juventud. Hé aquí precisamente el lugar adonde intento trasladar á mis lectores.

Al fin de una espaciosa alameda, asiéntase una hermosa posesión cercada de elegantes jardines, de espesos arbolados y de huertas cultivadas con el mayor esmero. No ostenta el exterior de la casa el opulento aspecto de un palacio de recreo; menos pretensiones manifiesta su antigua arquitectura, reparada en gran parte por los descendientes de sus antiguos dueños, quienes á juzgar por los pintados relieves y arabescos que aun adornan la fachada principal, pertenecieron á la raza que dos siglos antes cayó para siempre bajo el glorioso acero de los Garcilaso y Pulgares. En esta casa, pues, y en uno de sus salones, amueblado con sencillez y gusto, velase reclinada muellemente sobre un sofá de damasco carmesí á una mujer que acaso contara de veinte á cinco años; hermosa, pero pálida y abatida, apenas levantaba sus ojos del suelo, para fijarlos tímidamente en un hombre de mediana estatura que en pie y á su lado la contemplaba con una mirada hipócrita y escudriñadora, lanzada casi á hurtadillas por unos negros ojos que resaltaban maravillosamente sobre su rostro enjuto y atezado. Durante el tiempo que entrambos se miraban silenciosos, mas de una vez intentaron los labios de la joven romper el silencio que reinaba entre los dos; pero sin duda, temerosa de sus propias palabras, guardábalas vivamente en su pecho y volvía á fijar la vista en el hombre que á una distancia respetuosa tenía delante de sí, y el cual á pocos momentos exclamó, no sin hacer algún esfuerzo: —

—Páreceme, señora condesa, que aun os dura la agitación de anoche.

La joven no le respondió.

—Si, aun no habeis podido tranquilizaros. La suerte de ese hombre á quien teneis oculto hace un mes en

vuestra casa de campo, y á quien por vuestra orden se guarda y agasaja, comprometiéndose altamente hace algunas horas al intentar varios soldados del rey registrar estos alrededores. Es indudable que este accidente debió conmoveros muchísimo.... Prosiguió clavando sus ojos con mas ahínco en el rostro de la condesa.

—No lo niego, contestó esta, dando á sus palabras cierto aire de ingenuidad; un desgraciado....

—Que sin embargo se revela contra su soberano, proclamando al archiduque, y levanta gentes para inquietar nuestras provincias.... en fin, disculpadme, señora, conozco que no me toca hacer observacion alguna, cuando á fuer de buen criado mi deber es obedecerlos, y corresponder dignamente á la confianza que en este particular me dispensais. Sin embargo, confesemos que nadie acertaría á creer lo que hoy sucede en vuestra casa. La esposa del conde don Juan de Lara, del aguerrido capitán que tan bizarramente sostiene los derechos de don Felipe en los campos de Murcia, abriga y da esmerado asilo á un rebelde, á quien tal vez la misma espada del conde habrá obligado á buscar en nuestra vega un paraje seguro para esconder en él su traicion ó su cobardía; y en tanto que vosceis á los generosos impulsos de vuestra alma, ¿sabeis por ventura la suerte que puede haber cabido á mi señor? ¿Asegurais, confiada, que alguno de esos mismos rebeldes no haya á estas horas puesto en peligro la existencia de vuestro esposo?

—Basta, Mauricio, replicó la joven con entereza, levantándose del sofá. Nunca me arrepentiré de haber salvado á ese hombre, sean cuales fueren las consecuencias; de todos modos habré cumplido con un deber de humanidad, y esto me satisface. Por lo demas, agradezco tus consejos, porque conozco el interés que te lo inspira, y espero poder continuar como hasta aquí aprovechándome de tus buenos servicios.—Ahora bien, continuó variando enteramente de tono, la mañana está hermosa y el sol convida á dar una vuelta por el campo. Haz que me ensillen el caballo y avisame en seguida.

Diciendo esto salió de la sala dirigiéndose á su gabinete, y Mauricio se inclinó respetuosamente hasta que la condesa hubo desaparecido.

La fisonomía de este hombre era á primera vista apacible y tranquila; pero subyugada enteramente á su voluntad, no había sentimiento que no expresase desde la timidez mas modesta hasta la mas sañosa ira. Sus ojos poblados de espesas cejas, sus gruesos y encendidos labios engañaban con el menor movimiento, fascinaban con la mas leve indicacion. Sin ser elegante la traza de Mauricio se amoldaba muy bien á ciertas maneras delicadas como á los modales groseros, sin que al servirse de las unas ni de los otros cometiese el mas insignificante descuido que pudiera contradecir el papel que se proponia representar; y como nada era para él su corazón, obraba en todo con aquella sangre fría del que no tiene otras creencias que su capricho, su ambición ó su cálculo. Soldado en sus primeros años y después criado del conde, supo lisonjero y astuto captarse la voluntad de este y de su esposa, inspiróles una ciega confianza, y cuando por efecto de sus compromisos políticos partió el noble don Juan para el ejército, no vaciló en dejar á la condesa al lado de tan fiel servidor, que en su concepto la podía servir hasta de amigo. Seis meses hacia que Mauricio era la única persona que acompañaba á la condesa en su retiro, compartiendo al parecer con ella sus tristezas ó sus satisfacciones. Un día confió la joven á Mauricio que había secretamente ocultado á un infeliz perseguido como rebelde por las tropas del rey Felipe, le encargó se encargase de su seguridad, y aunque él obedeció y guardó silencio, agitado por su instinto maléfico, creyó ver en la accion de su señora algo mas que una hospitalidad generosa; desde entonces procuró convencerse de ello, intentó espiar hasta las miradas de la condesa, y desde entonces tambien despertaron en su alma inquieta y descontentadiza ideas atrevidas, extravagantes, inconcebibles, pero que sin embargo le conmovian profundamente y le agitaban sin cesar.

Apenas salió la condesa, siguióla con sus ojos, y no bien la perdiera de vista quedó con los brazos cruzados cabizbajo y pensativo.

—Sean cuales fueren las consecuencias.... murmuró al fin saliendo de su meditacion. No las ha previsto sin duda. Fácil es en un acceso de confianza desafiar todos los peligros; pero existe una diferencia terrible cuando llega el caso de verlos cara á cara. ¿Por qué ha creído (prosiguió dando á su fisonomía un aire amena-

zador é insultante) por qué ha creído que sus secretos eran impenetrables para todos, y que un rústico, un imbécil como yo, no adivinaria la inquietud de su alma, ni leeria en la palidez de su rostro, ni sorprenderia en fin el testimonio mas indestructible de su imprudencia ó de su culpa?... Y á pesar de todo, señora condesa, conozco el secreto que os atormenta, penetro en la causa de vuestra generosa hospitalidad y veo en mi mano la realizacion de todos los deseos que há tanto tiempo he procurado acallar inútilmente: por fortuna, pronto se realizarán, sí, porque ya no puede retrocederse un paso: la prueba de vuestra debilidad ya no me pertenece; otro vendrá con ella á juzgaros.... pero entonces.... entonces....

Un ruido de pisadas se oyó en la antecámara y apareció en la puerta del salon un homrecillo de muy mala traza, vestido de pantalon corto y pardusco, medias blancas de hilo y una chaqueta de paño bastante raída. Mauricio calló al verlo, y le miró como aguardando que el otro le dirigiese la palabra.

—Te buscaba; dijo aquel hombre á Mauricio, sin atreverse á penetrar en el salon.

—Acércate, Jaime.

—Estas solo? preguntó este pisando con cuidado la alfombra y acercándose á su camarada.

—Qué traes?

—La Señora vá á salir.

—Lo sé.

—Irá....

—Donde siempre.

—Debo seguirla?

—No: tenemos que recibir ciertos papeles que deben llegar esta mañana, y es fuerza que te adelantes al camino para que no adviertan nada en la casa.

—Con que es hoy?... comprendo.

—Yo esperaré tu vuelta.

—Querrán entregármelos?

—Sin duda. En tanto, tengo á mi vez que escribir una carta, que despues te encargarás de llevar á su destino.

—Como gustes: ya sabes que somos una misma persona.

—Y lo seremos.

—Siempre? preguntó Jaime sonriendo con maligna intencion.

—Siempre, contestó Mauricio con acento firme, y apretando la mano de su amigo.

Ambos salieron del salon. El uno se dirigió á la caballeriza y empezó á ensillar su caballo. El otro dispuso tuviesen pronto el de la señora condesa.

II.

Rara vez el destino deja de presentar ocasiones en qué poner á pruebas bien crueles el corazón humano. Débil éste y susceptible por naturaleza, ha de hacer frente sin embargo á los embates de sus propios afectos, á las impresiones que le conmueven, á los impulsos que le obligan; y al trabarse la terrible lucha entre el deseo y la razon, entre la verdad de un sentimiento y la necesidad de un sacrificio, tenemos, ó que inmolar nuestras ilusiones, nuestra inclinacion y hasta nuestra alma toda en aras de un deber, ó perdernos solos y abandonados del mundo, revelándonos contra sus leyes y muchas veces contra sus caprichos. Sin atacar las unas, ni motejar los otros, es indudable que debemos sujetarnos á su imperio; pero no lo es menos que nuestra triste condicion humana, forjó ella misma con sus propios extravíos la cadena que habia de contenerla y oprimirla. De aquí la razon que nos advierte y nos impone, de aquí los tormentos de nuestra alma y de nuestra conciencia, y de aquí, en fin, las amargas quejas que lanzamos contra la suerte y contra nosotros mismos.

Tan absorta en pensamientos muy semejantes, iba la condesa sobre un hermoso caballo torcido y por un angosto y pedregoso sendero, que apenas sostenia con su preciosa mano las riendas del orgulloso bruto, y á no tropezar este continuamente en lo áspero del camino, lo habria abandonado, si no á su capricho, al menos al instinto que á cierto paraje le conducia. Fijos en la tierra los ojos de la joven, agitado su pecho y revelando su rostro una violenta incertidumbre, se traslucía desde luego la lucha que en su corazón reinaba, y no parecia sino que una fuerza irresistible la llevaba á su pesar por aquellos sitios.

El tiempo era sereno y apacible, los claros rayos del sol se derramaban por toda la campiña, y apenas la condesa adelantara unos cien pasos, apareció la alegre vista de un jardín, en cuyo centro se elevaba un pabellon cercado de árboles y ostentando en sus paredes exteriores caprichosas pinturas y elegantes adornos. Cuando hubo llegado á él, detúvose la joven, se apeó del caballo, y esparciendo sus miradas en derredor suyo, convencida de hallarse sola, subió la corta escalera que conducia al pabellon, y con el puño de su

látigo dió tres golpes á la puerta. Abrióse esta muy lentamente, y al ver á la condesa la persona que dentro estaba, no vaciló un instante en recibirla, exclamando con acento mezclado de amargura y placer:

—Ya era tiempo.

—No me ha sido posible.... contestó la joven, sin duda procurando disculpar su tardanza.

—Perdonad.... repuso el desconocido, con cierta ironía expresada perfectamente por su rostro noble y juvenil. Cuando en época muy distinta venia Isabel á este pabellon á jurar á su amante amor y constancia eterna, pudiera haberos reconvenido si alguna vez hubiéseis tardado; pero ya, ¿qué derechos tiene el desdénado, el proscrito, sobre la condesa y la esposa...?

—Me atormentais! dijo doña Isabel estremeciéndose.

—No comprendo la causa, señora. Hace dos años, es verdad, existía entre nuestras almas un vínculo precioso, un afecto puro, inocente como nuestras mas caras ilusiones. Todo nos sonreía, todo nos halagaba, estos mismos sitios eran para mí un eden, eran el cielo: no temia entonces mas que el rigor ó la preocupacion política de vuestros padres: y vuestra presencia y vuestras palabras compensaban cuanto hubieran podido proyectar contra nosotros: entonces no habria extrañado seguramente ese recelo que os domina, ese temor que os aleja de aquí... pero ahora, ni vos ni yo debemos abrigarlo. Mis creencias, mis amigos necesitaron de mi brazo, y debí correr á mi puesto; al alejarme de Granada quise saber si podia confiar en vuestro cariño: así me lo jurásteis, y yo partí para la guerra tranquilo y animoso. Siempre pensando en vos, vuestra memoria protegia mis esfuerzos; pero mi suerte me abandonaba ya. Derrotados, perseguidos, mis amigos huyeron; yo tambien busqué un asilo en mi patria, á vuestro lado, y al verme protegido por vos, quise abrazar al cabo de dos años á mi Isabel, estrecharla contra mi agradecido corazón.... y encontré en la que amaba la esposa de un conde...! No deducis, pues, de todo esto, que podeis mirarme serena, que únicamente venis á este pabellon para aliviar la suerte de un proscrito, y que por lo tanto ni debeis reconveniros á vos misma, ni temer que mis labios os hablen de otra cosa que de amistad y de agradecimiento? Creedlo, Isabel: al dirigiros aquella carta llena de amor y de alegría en que os anuncié mi regreso, ignoraba que fuésteis de otro hombre; olvidadla; figuraros que pertenece á otros tiempos y á circunstancias diferentes.

—Sí, teneis razon, esos nobles sentimientos, Enrique, me llenan de placer, me tranquilizan. De hoy mas apareceré á vuestros ojos sin ruborizarme, porque el cielo ha escuchado mis votos y el honor que en mí depositaron, se conservará ileso y sin mancha; pero, por Dios, Enrique, no mezcléis á vuestras palabras esas duras reconveniciones, me acusais sin oirme, sois injusto para conmigo.

—Injusto decís? exclamó el joven; ¡ah! repetídmelo, asegúradme que cuanto nos sucede no es obra de vuestro corazón.... pero nada me digais, nada quiero saber; solo os suplico me faciliteis los medios de dejar este pais, necesito salir de él, abandonarle para siempre.

—Para siempre! repitió sollozando la condesa.

—Sí; quiero unirme segunda vez á mis amigos; quiero buscar la muerte! Sacadme de aquí, Isabel; porque vuestra presencia me obliga á desconfiar de mí propio, y no podré verlos continuamente sin decirlos cuánto sufro mi alma...! cuánto os adoro...!

—Callad, callad...! dijo la joven cubriéndose el rostro con sus manos.

—Comprendeis por ventura, prosiguió Enrique animado por el fuego de su pasión; comprendéis lo que es mirar en otros brazos el objeto constante de nuestros sueños, la imagen fiel de nuestras mas dichosas esperanzas...? ¡Ay...! ¿Por qué nos hemos encontrado ahora? Es que el destino quiere apurar la fortaleza de nuestros corazones...! Es que para dominar nuestros sentimientos hemos de purificarnos en las mas crueles amarguras...! No, Isabel, no; tu amor es solo mío!

Cayó de rodillas á los pies de la joven, que apenas podia contener su llanto.

La puerta del pabellon se abrió de repente con impetu estrepitoso. El tiempo faltó á Enrique para incorporarse apresurado, y á Isabel para enjugar sus lágrimas.

Mauricio apareció en el umbral mirando pausada y serenamente á entrambos sin despegar sus labios ni interrumpir el silencio que reinaba en aquel instante de temor y sobresalto.

Señora condesa, dijo al cabo de un segundo inclinándose con respeto y como si nada hubiera visto.—Acaban de llegar noticias de vuestro esposo, y os buscaba para entregaros una carta suya. Como habiais salido á dar una vuelta por el campo, fácil me fue al ver vuestro caballo, el encontraros.

Y entregó respetuoso á doña Isabel un pliego, que ella guardó sin abrirlo. En seguida, procurando abar-

car con sus ojos el doble efecto que sus palabras iban á producir en los dos jóvenes.—Tengo tambien la satisfacción de anunciaros, dijo, que mi señor llegará esta misma noche.

Enrique no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. Doña Isabel quedó yerta, sin decir palabra, y abatida por el dolor.

Mauricio les observaba sin perder el mas insignificante descuido.

—Volvamos á casa, exclamó al fin la condesa, queriendo ocultar su turbacion.

—Cuando gustéis, repuso Mauricio. Solo siento no haber venido á caballo, esto me priva del honor de acompañaros.

Isabel no respondió, y sin atreverse á dirigir á Enrique la mas leve mirada, salió del pabellon; y aunque Mauricio hizo ademán de ayudarla a montar, no agarró su mano y muy pronto se alejó de aquel paraje.

Enrique permanecia en pie, inmóvil, absorto en sus tristes pensamientos, y no se apercibió de la vuelta de Mauricio, hasta que este tocándole ligeramente en el hombro le dijo en voz baja y misteriosa:

—Todo lo sabe el conde; la señora está perdida.—Salvados!

Volvióse Enrique desconcertado y estrañando tales palabras en boca de aquel hombre.

—Mauricio corría ya como un gamo hácia la quinta.

(Se continuará)

POESIA.

UNA MADRE

QUE VE MORIR A SU HIJA.

Tú mueres, ángel mio; y mi alegría tambien para mí muere: á Dios.... el cielo ya por tí sus espíritus envía, alma que apenas conociste el suelo.

Llegad vosotras que la dulce prenda aun conservais de vuestro amor dichoso, felices madres, y mirad la ofrenda de la muerte al sepulcro tenebroso.

Mas no; dejadme: ¿acaso alguna calma me podríais prestar si sufro tanto? lloraríais tambien: dejad que mi alma con esta hija infeliz parta el quebranto.

Sola con ella estoy: yo quiero sola recibir en mi seno palpitante el cáliz de esta efímera amapola en su cercano postrimer instante.

¡Si la viérais!... inmóvil; maciente el lindo rostro (lindo aunque la muerte tan cerca de ella está); su escaso aliento tardo se arranca de su pecho inerte.

En lánguido abandono sus gentiles brazos de nieve sobre el lecho pesan.... no pesan, se dibujan sus perfiles, son livianos sus miembros, que embelesan.

Os partiria el corazón mirarla víctima pronta al sacrificio crudo, y no poder del golpe libertarla poniendo vuestro pecho por escudo.

Ha de morir; y yo, su tierna madre, perecer he de verla, y á su lado, aunque el afán mi corazón taladre, de mi afán será inútil el cuidado.

Toco sus manos, toco sus pies frios, su espalda arropo hasta el marchito cuello, y en su boca de amor los besos míos dejan de mi pasión ardiente sello.

Bajo el leve ceudal que ciñe en torno, blandamente prendido, su cabeza, reejo su cabello, rico adorno conforme de su frente á la belleza.

Cuando no há mucho el juvenil aliño lo ordenaba; ó bien, suelto, descendia sobre el fragante y delicado armiño de su pecho, y la espalda la cubría,

Y tan copioso, cual si fuera un velo por las festivas auras desplegado resplandeciente con la luz del cielo, mi orgullo fué tesoro tan preciado.

Ahora, sin brillo, lácias, descompuestas esas hebras que el ámbar despedían, las desconozco, porque no son estas las que mis manos antes componían.

Pero, ¿tierna, las uno y las aliso mi húmedo aliento en ellas aspirando.... así su estrella demudarla quisó

cual va todas sus gracias eclipsando.

Sin luz estan sus ojos: su mirada es fija, sin amor, sin pena; y leve toda expresion que advierto en su rasgada livida boca, ayer tan linda y breve.

Muy pronto morirá: su luz se extingue: no oye tal vez mi cariñoso acento, y quizás nada en derredor distingue, pues nada en ella escita un movimiento.

Ved la jovial doncella que cogia para adornarse las tempranas flores, que el blando soplo de la aurora abría para ofrecer á su beldad primores.

Ved la ligera, la gentil figura, conjunto de donaire y elegancia, bello ideal de mágica apostura con el candor de la risueña infancia.

¡Ah! ¡cómo hieren mi infeliz memoria dichas de un tiempo para mí perdido, gratos instantes de placer y gloria.... don tan solo á una madre concedido!

Cuando las galas que produce el arte ufanos se vestían sus abries, con el grato primor con que reparte el gusto esos adornos infantiles,

Y marchaba ante mí, linda y graciosa, el suelo apenas con su pie marcando, y el perfume suave de la rosa (ella rosa tambien) tras sí dejando,

Yo ví mas de una vez avaros ojos arder por ella, y balbucientes labios soltar súspiros, del afán despojos, que á otra beldad menor fueran agravios.

Y en secreto, feliz se sonreía mi corazón con maternal orgullo, porque al cuidado de mi amor crecía del mas lindo rosál aquel capullo.

Ahora.... perece: y de mi amor no basta el desvelo á salvarlo: inútil todo.... ¿quién del hado el rigor vence ó contrasta? Se ha de cumplir.... la vida es un período....

Pero de duracion ¡ay! tan incierta, que alije al alma: porque yo, mas soles que esa infeliz he visto, y mustia, yerta la veré en sus primeros arreboles.

¿Por qué la animacion y la alegría no la devuelven mis sencillos cantos, los cantos que pedirme ella solía en su niñez de paz y goces tantos?

Yo desvarío.... el ángel que en mi seno tantas veces halló calma y dulzura, ya en su postrer suspiro, aunque sereno, la voz no puede oír de mi ternura.

Muy pronto morirá:—y esta palabra que ser debiera, á mi cariño, azote, ¿por qué en mi tierno corazón no labra llanto copioso que á mis ojos brote?

¡No debo yo llorar! ¿por qué? ¿no es triste para una madre cuya paz es su hija ver ya que casi, misera, no existe, helada, inmóvil, en postracion prolija?

¿No causa pena la brillante gota que al borde azul de su pupila oscura, cual mudo signo de partida brota, única voz de un alma sin ventura?

Yo debiera llorar, yo que he llorado tantas veces al ver á una avecilla, á un insecto morir, y al ver tronchado un rosál, ó su flor, mustia, amarilla.

Yo debiera llorar, ahora que veo la gentileza de mi bien querido ya de la muerte, misero trofeo, ya su esplendor en luto convertido.

¿Qué madre habrá que los raudales niegue del llanto al dulce bien de sus entrañas, cuando transida de dolor lo entregue de la tumba á las bóvedas extrañas?

Inútil reflexion: duro cual piedra, resiste á todo, aunque en afán, mi pecho: tan solo sé como insensible yedra mis brazos extender sobre este lecho.

¡Ay! no mas sé, de mi tesoro avara, clavar en él mis ojos y agitarme de contrarios afectos en bien rara lucha infeliz.... tan solo enagenarme

Y en su mejilla reclinar mi frente, y besar esta lágrima, esta perla que en ella brilla y que mi labio ardiente beber ansía y mi pecho poseerla.

—Y aun pudiera reír.... ¿acaso loca?... sé que muere mi amor; yo misma siento el soplo de la muerte herir mi boca helado, crudo, destructor, si lento:

Y extraña hilaridad, raro alborozo que definir no sé, llena y agita mi pobre corazón.... ¿es este el gozo

de la locura?... es ¡ay! pena infinita.

Es un signo falaz, pero muy triste;
el signo del dolor que se disfraza
con risas de un placer que aquí no existe,
porque á todo placer mi alma rechaza.

No llore porque está rota esa fuente;
llore quien ame menos; yo amo mucho:
llore quien al dolor vencer intente;
venciome á mí el pesar, con él no luto.

No hay lágrimas en tanto sufrimiento;
y si aun el alma, zozobra, piensa,
es de estupor su vago pensamiento
de la desdicha en la región inmensa.

No puedo, no, llorar... pero en mis brazos
estrecho al ángel mío; y si os parece
fácil cosa romper tan pobres lazos,
será si esta infeliz madre perece.

Mas entretanto que la vida anime
mis ya débiles miembros, no hay manera
de arrebatarme el dulce bien que oprime
mi amante pecho por la vez postrera.

¡Oh Dios! ¡oh Dios! escucha tú mi ruego;
á tí no mas, á tí su voz dirija
una madre pidiéndote sosiego....
salvanos, salva de la muerte á mi hija.

JUAN VILAY BLANCO.

Madrid 15 de enero de 1845.

Nota: Esta composicion la debemos al distinguido autor de Los afectos de madre. Lindo tomo de poesias que se vende en las oficinas del Herald, y en las librerías de Cuesta y Razola.

RECUERDOS DE SEVILLA.

ARTICULO I.

..... Seville. á pleasant city
Famous for oranges and women — he
Who has not seen it will be much to pity,
So says the proverb — and I quite agree;
Of all the Spanish towns is none more pretty
(Lord Byron.)

Entre todas las ciudades que con sus ricos monumentos y altas tradiciones dan á España un interés sin límites para todos los viajeros que vienen de extrañas naciones á contemplar sus bellezas, es quizá Sevilla la que mas atractivos cuenta en su seno.—Asentada á la márgen del caudaloso Guadalquivir, que riega con sus serenas ondas la risueña Andalucía, aparece á la vista del viajero como una hermosa sultana en cuya frente brillan aun las espléndidas joyas de los romanos y los godos. La tradición y la historia tienen para cada uno de sus torreones, para cada una de sus almenas, una brillante fábula y un hecho memorable: la naturaleza y el arte le han rendido á porfía el homenaje de su cariño.—Halagada por la abundancia de su suelo, cobijada por un cielo purísimo, Sevilla se ha ostentado siempre como la reina de las ciudades, como la señora de Andalucía, de esa Andalucía, en donde pusieron los antiguos los campos Eliseos de su gloria, en donde fijaron el encantado huerto de los Hespérides con sus manzanas de oro.—Por eso al lado de una torre romana de grandiosas formas se encuentra á cada paso en su recinto un gallardo torreón árabe de bordados lienzos: por eso al lado de la Catedral está el Alcázar, y al lado del Alcázar el Consulado, y mas allá las Casas de Ayuntamiento y el Hospital de la Sangre y la Casa de Pilatos.

La historia de las artes, la historia de la civilización española puede estudiarse indudablemente al contemplar con el detenimiento debido aquellos suntuosos monumentos de todos los tiempos, fruto de todas las generaciones. La catedral con sus inmensas naves, con su magnífico retablo mayor, prodigio de las artes, con su grandioso coro y ricas capillas, en donde yacen sepultados esclarecidos varones, en donde se guardan los restos de S. Fernando y de sus hijos, nos recuerda el imperio de los pueblos septentrionales que echaron por tierra la grandeza de los Césares y hollaron las águilas romanas.—La catedral nos revela aquel profundo sentimiento que animó á nuestros mayores, aquel sublime entusiasmo religioso que los conducía al medio de los combates, y era precursor de la victoria.

Obra de muchos siglos se ofrece á la imaginación como un inmenso depósito de tradiciones, adonde ha ido cada generación á llevar su piedra, adonde cada generación ha escrito un nombre respetable.—Testimonio fidedigno de la historia nacional, es también un inmenso museo para los que al estudio de las artes se consagran.—Desde la apuntada ojiva de la arquitectura gótica ó tudésca hasta el arco redondo de la greco-romana, y desde la bellísima herradura árabe hasta las desatinadas hojarascas de Churriguera, que pueden en nuestro concepto compararse con la descabellada manera dramática de Comella y de su escuela, todo está en la catedral de Sevilla, y de todo puede ofrecer insignes ejemplos. Sus bóvedas y capillas pueden presentarse por tipo de la arquitectura de la edad media: su Giralda y su puerta del Perdon por modelo de la arquitectura de los árabes: su capilla Real y su sacristía Mayor ponen de manifiesto el delicado gusto del género llamado *plateresco*: su sala de Cabildo ofrece el tipo de la arquitectura de los Herreras y Bustamantes: su Sagrario presenta finalmente, con la pesadez de sus moles y poca elegancia de sus arcos, la época de la decadencia, en que al mismo tiempo que se desmoronaba la monarquía española, se hundían también las artes y las letras.

Materia de estensos volúmenes sería el referir menudamente cuánta es la riqueza que bajo aquellas bóvedas se custodia, cosa á la verdad muy distante del objeto que nos propusimos al bosquejar estos recuerdos.—Baste saber que cada capilla es digna del mayor exámen, porque cada capilla encierra la historia de algun célebre personaje, ó de alguna respetada familia.—La capilla Real, como hemos insinuado, posee el cuerpo incorrupto de Fernando III, de aquel famoso rey que quebrantó el yugo de la morisma en Córdoba y dió salvación á la gran metrópoli del Occidente, y encierra los restos de Alonso X, cuya cultura no supieron apreciar sus vasallos ingratos, y los de la reina doña Beatriz, esposa del rey santo.—La capilla de Escala, joya de la arquitectura plateresca, contiene en un bellissimo enterramiento las cenizas del obispo fundador; la de san Hermenegildo guarda como un rico depósito la urna que encierra los huesos de don Juan Cervantes, obra del célebre escultor Lorenzo Mercadante de Breña; la de la Antigua contiene el sepulcro de don Diego Hurtado de Mendoza, célebre arzobispo de Sevilla y cardenal romano, y el de su hermano el valeroso conde de Tendilla: la de san Andres ofrece aun los bultos sepulcrales de los condes de Cifuentes, y en todas ellas hay en fin alguna lápida de grata memoria para Sevilla y para toda España.—Allí se contemplan las obras de Murillo, Zurbarán y Alonso Cano; allí las de Luis de Vargas, Pedro de Campaña, Juan de Roelas, Juan Valdés Leal, Luis de Morales; allí las esculturas de Lorenzo del Vao, Juan Martínez Montañez y Pedro de Roldán; y allí finalmente se encuentran inscritos en todas partes los nombres de Martín de Gainza, Juan de Maeda, Micer Antonio Florentin, maestros todos de aquella patriarcal iglesia.—También se encuentra allí el sepulcro del hijo de Cristóbal Colon, que dió á España un Nuevo Mundo; de don Fernando Colon, tan docto bibliógrafo como ardiente aficionado á las antigüedades, que compró el sitio que ocupan sus huesos con la donación de la biblioteca, conocida todavía con el nombre de *Colombina*, rica en preciosos manuscritos y antiguallas.—En ella se conserva todavía la espada del celeberrimo conde Fernan Gonzalez, traída á la conquista de Sevilla por Garci Perez de Vargas, como recuerdan los siguientes versos, que en un targeton se conservan á su lado:

De Fernan Gonzalez fui,
de quien recibí el valor,
y no le adquirí menor
de un Vargas á quien serví.
Soy la octava maravilla
en cortar moras gargantas:
no sabré yo decir cuántas,
mas sé que gané á Sevilla.

En ella existe también el magnífico breviario en que celebraba el famoso don Pero Gonzalez de

Mendoza, gran cardenal de España, y otros muchos objetos que contemplan los viajeros con singular complacencia. En la sacristía mayor, en aquel magnífico edificio, que mereció la mas alta admiración de Felipe II, cuya opinion en asuntos de esta especie era muy respetada, halla el aficionado á las artes la suntuosa custodia de Juan de Arfe, el *tenebrario* de Bartolomé Morell y la gran cruz de Merino: el anticuario encuentra allí el *pendon* que guiaba las huestes castellanas, cuando sucumbió Sevilla al poder de san Fernando; la llave que entregaron á este rey magnánimo los sarracenos al rendirle la ciudad; la bellísima taza de cristal de roca en que bebía el triunfador de Córdoba, orlada de piadosas leyendas, y finalmente la llave que regalaron al rey sábio los judíos de Sevilla, con esta inscripcion en sus guardas, escrita con caracteres góticos: DIOS ABRIRÁ, REY ENTRARÁ.

¿Y quién que haya estado en Sevilla la Semana Santa no recuerda la magnificencia y la pompa que despliega la capital de Andalucía en aquellos días solemnes?... Aun conserva la catedral parte de la antigua grandeza que ostentaba en otro tiempo y se arma sobre el sepulcro del hijo de Colon el famoso monumento que no tiene rival en toda España, alumbrado de ciento eatorce lámparas de plata y cuatrocientos ochenta y tres robustos cirios. Aquel monumento, cuya cúspide toca casi en la bóveda del gran templo, teniendo ciento veinte pies de alto y ochenta de ancho, cuya arquitectura aparece ajustada severamente á las reglas del arte, y cuya inmensa mole impide el que pueda ser contemplado de lleuo, es también objeto de curiosas tradiciones, que entretienen al vulgo en aquellos sagrados días, mientras le deslumbran con su maravilloso efecto.

Y al lado de esta fábrica colosal, al lado del sublime templo, se encuentra la elevadísima Giralda, gallarda y bella, que mitad árabe y mitad cristiana, parece haber sido colocada allí como un eterno centinela para defender la ciudad que bulle á sus plantas como en una inmensa colmena. Aquella torre que parece desafiar los siglos y que se eleva al cielo como una magnífica ofrenda de los hombres, de la cual en otros tiempos, como dice el duque de Rivas en sus *romances históricos*,

Las cuatro esferas doradas
ensartadas en un perno
obra colosal de moros
con resaltos y letreros,
.....
eran remate soberbio
del gallardo Giralddillo
hoy marca el mudable viento;

aquella torre, cuya cúpula fué debida al celebrado Fernan Ruiz y erigida para completar el sacrificio que habían ofrecido al Hacedor Supremo tantas generaciones; y cuyo *Giralddillo* es fruto del afamado autor del *tenebrario*, es ahora admiración de propios y extraños y orgullo de la gran metrópoli. Levantada por Hever, coronada por Abu Alayth, fué en otro tiempo la gloria del pueblo musulman, que oía desde ella resonar por el ámbito de la ciudad la voz del almuedano, el cual anunciaba desde el alto alminar el nuevo día, convocando á la oración á los sarracenos.

El Alcázar sevillano se vé mas adelante, rodeado de altos torreones que recuerdan su antiguo poderio y la grandeza del mártir de Montiel, con su rica portada de cuatro cuerpos, en que derramó toda su ciencia el oriental ingenio, y que en otro tiempo brillaba como una hermosa áscua de oro; con sus magníficas *tarbeas* ó salones, con su soberbio patio ó *alfagia*, cuajado de labores árabigas que desvanecen la imaginación y embelesan los sentidos. Aquel Alcázar, delicia de su fundador, depósito de tristes tradiciones, en donde abultadas las fábulas han tomado cuerpo para robar su puesto á la historia, con su gran *salon de embajadores*, ennoblecido por todos los reyes de Castilla, que han dejado en él sus retratos: aquel Alcázar con sus góticas leyendas, con sus deliciosos jardines, en donde la luna de setiembre finge mil fantasmas que se desvanecen al soplo de la brisa, ¡cómo embriaga el alma combatida por los sinsabores presentes, despertando en ella inusitadas sensaciones! ¿Quién á vagar en semejantes noches por aquellos pensiles,

cuyos muros entapizan olorosos limoneros y naranjos, no ha esperado encontrarse con aquel rey, que con tan negros colores se nos ha pintado desde la infancia; aquel rey cuyo semblante debía estar siempre airado, cuyo corazón debía premeditar siempre nuevas carnicerías y venganzas?... ¿Quién no ha visto á su lado á la hermosa doña María de Padilla, como un ángel enviado para templar sus furo-

res, acariciando en su seno aquellos tiernos niños que habían de buscar después un asilo en extrañas tierras?... Y sin embargo, nadie habrá temido visión tan espantosa, y este pensamiento habrá pasado por todas las mentes, como un ensueño grato, como un deseo de halagüeña perspectiva.

Al otro lado está la *Lonja*, soberbia fábrica trazada por Herrera y dirigida por Juan de Minjares,

con sus inmensos salones, desfigurados después para establecer en ellos el riquísimo archivo de Indias; con sus bellísimos artesonados de mil labores, llama por largo tiempo la atención de los viajeros, y es indudablemente una de las preciosas joyas que avaloran á la ciudad del Bétis.

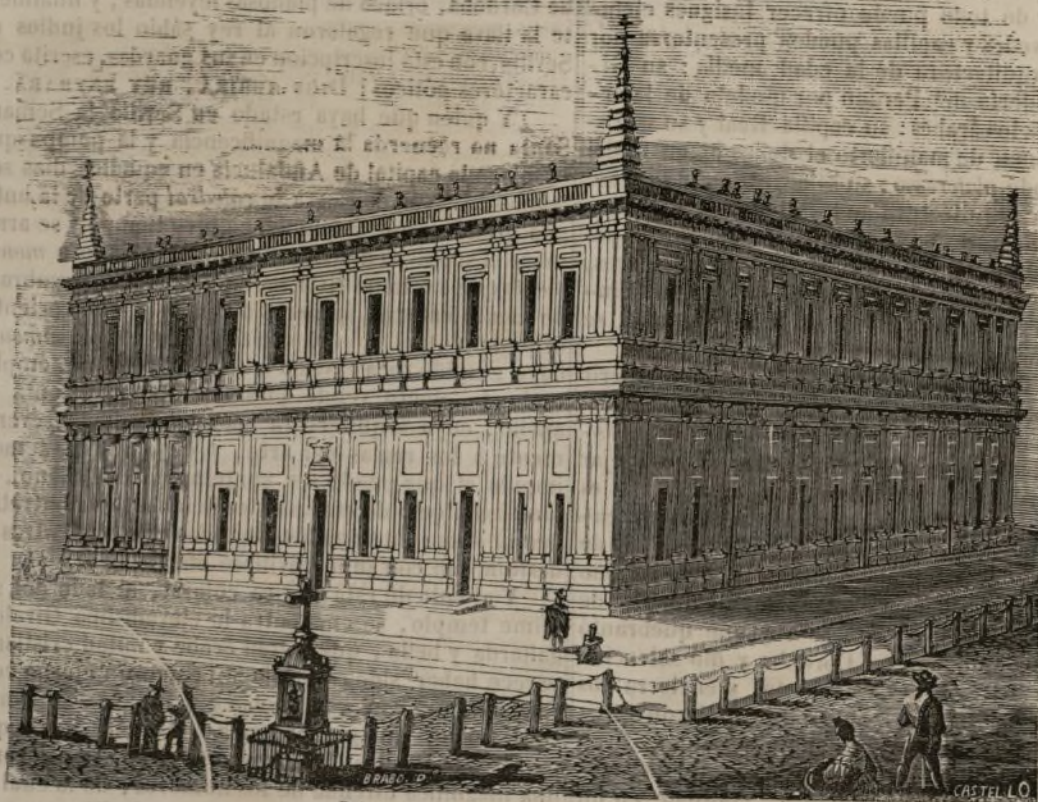
Más lejos se levanta la *Fábrica de tabacos*, inmensa mole de piedra, rodeada por un ancho foso y defendida en la parte del Occidente por un grueso puente levadizo, que á ser otro el aspecto de aquel edificio, le haría parecer como un castillo de los tiempos feudales.—La *Fábrica de tabacos* señala indudablemente uno de los primeros pasos de la reacción artística del último siglo, y bajo este aspecto es digna de examinarse.—No se halla enteramente libre del mal gusto de los Barbas y Churriguerras, viéndose por el contrario en su portada algunas hojarascas viciosas que la desfiguran: pero tampoco hay ya aquella aglomeración de informes y caprichosos *animaluchos*, hijos de calenturientas imaginaciones que se entretenían en combinar retorcidas conchas y yerbajos para producir difícilmente un efecto á medias; trabajo comparable solamente al que empleaban los poetas de aquel tiempo en los *acrósticos* y *laberintos*. La *Fábrica de tabacos*, mas severa, aunque no tanto como hubiera sido menester para el género de arquitectura á que pertenece, con su bella escalera de dos ramales, con sus innumerables patios, con sus estensos salones, en donde se elaboran toda clase de cigarros, formando una vistosa perspectiva los molinos del rapé y las galerías en donde trabajan las mujeres, ofrece materia abundante de observación para los curiosos y para los aficionados á las artes.

A la margen del Guadalquivir está situado el colegio de *San Telmo*, de donde han salido peritísimos navegantes y hábiles pilotos, y cuya portada manifiesta hasta el punto que en el último siglo se extravió el gusto, si bien no es tan disparatada como otros monumentos de esta especie, por la buena disposición de alguna parte de sus adornos.—Alguna vez la hemos visto comparar con la portada del Hospicio de esta corte, traza debida al mismo Churriguera: pero después de haber examinado la última nuevamente, no podemos menos de confesar que la portada de San Telmo le es muy superior, sin que puedan buenamente confundirse bajo un mismo anatema.—Aunque tanto en una como en otra se hallan quebrantadas de todo punto las reglas del arte *greco-romano*, y quebrantadas caprichosamente y sin ventaja alguna, hay sin embargo en San Telmo mas imaginación y riqueza, mejor disposición en los ornamentos y mas perfección y delicadeza en los pormenores.—Estas circunstancias, que dan mayor realce á aquel edificio, hacen también que Sevilla posea quizá el mas apreciable monumento de la arquitectura churrigueresca, que en nuestro concepto debe conocerse y estudiarse por los artistas, así como los literatos estudian y conocen las *Soledades* y el *Polifemo* del inmortal Góngora, con los comentarios ridículos de los que no comprendieron sus aciertos é imitaron solamente sus extravíos.—El colegio de *San Telmo* tiene una iglesia, en la cual se conservan algunos cuadros de la escuela sevillana, y una *sacristía*, cuyas ventanas dan á una huerta deliciosa que produce toda clase de frutas en el verano, y que en el invierno se ve cuajada de naranjas, cidras y limones.—Al frente tiene el bellissimo paseo de *Cristina*, vergel hermoso, en donde jamás se agostan las flores, ni caen deshojadas al soplo del aquilón, en donde lucen sus galas y ostentan su belleza las hijas del Guadalquivir, de quienes dijo un poeta amigo nuestro (1) al describir estos lugares los siguientes versos, que no hemos podido menos de transcribir á este sitio:

En mil giros diferentes
cruzando la orilla umbría,
alzan rosadas sus frentes
entre gasas transparentes
las bellas de Andalucía.

Hermosas como hechiceras
venciendo van corazones:

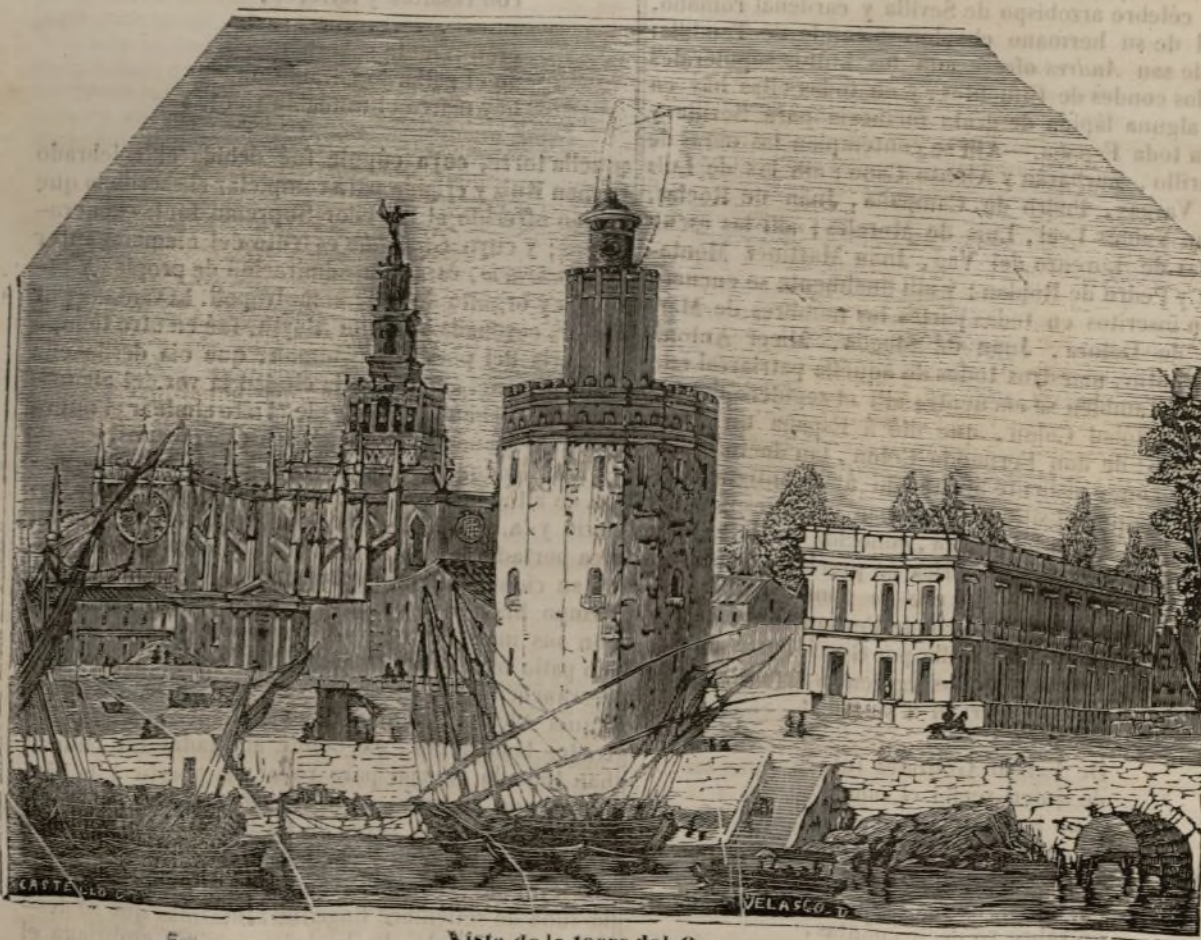
(1) Don Miguel Tenorio, autor de la *Resurrección de un hombre*.



Vista de la Lonja de Sevilla.

su discípulo predilecto, después de haber puesto la última piedra en el magnífico monasterio del Escorial.—Las artes, que tan lozanas aparecieron al renacer en Italia, sin perder nada de su brillo, ha-

bían tomado, especialmente la arquitectura, en manos del inmortal Herrera, nueva gravedad y grandeza.—La *Lonja* de Sevilla, que venia á competir con tantos suntuosos monumentos, como adornaban ya



Vista de la torre del Oro.

á la capital de Andalucía, fue para tan grande arquitecto una ocasión nueva en qué manifestar el alto punto en que poseía su arte.—La *Lonja* con

sus cuatro fachadas, de doble y severo aspecto, ornadas de dobles pilastras; con su grandioso patio y espaciosa galerías; con sus anchurosos vestibulo;

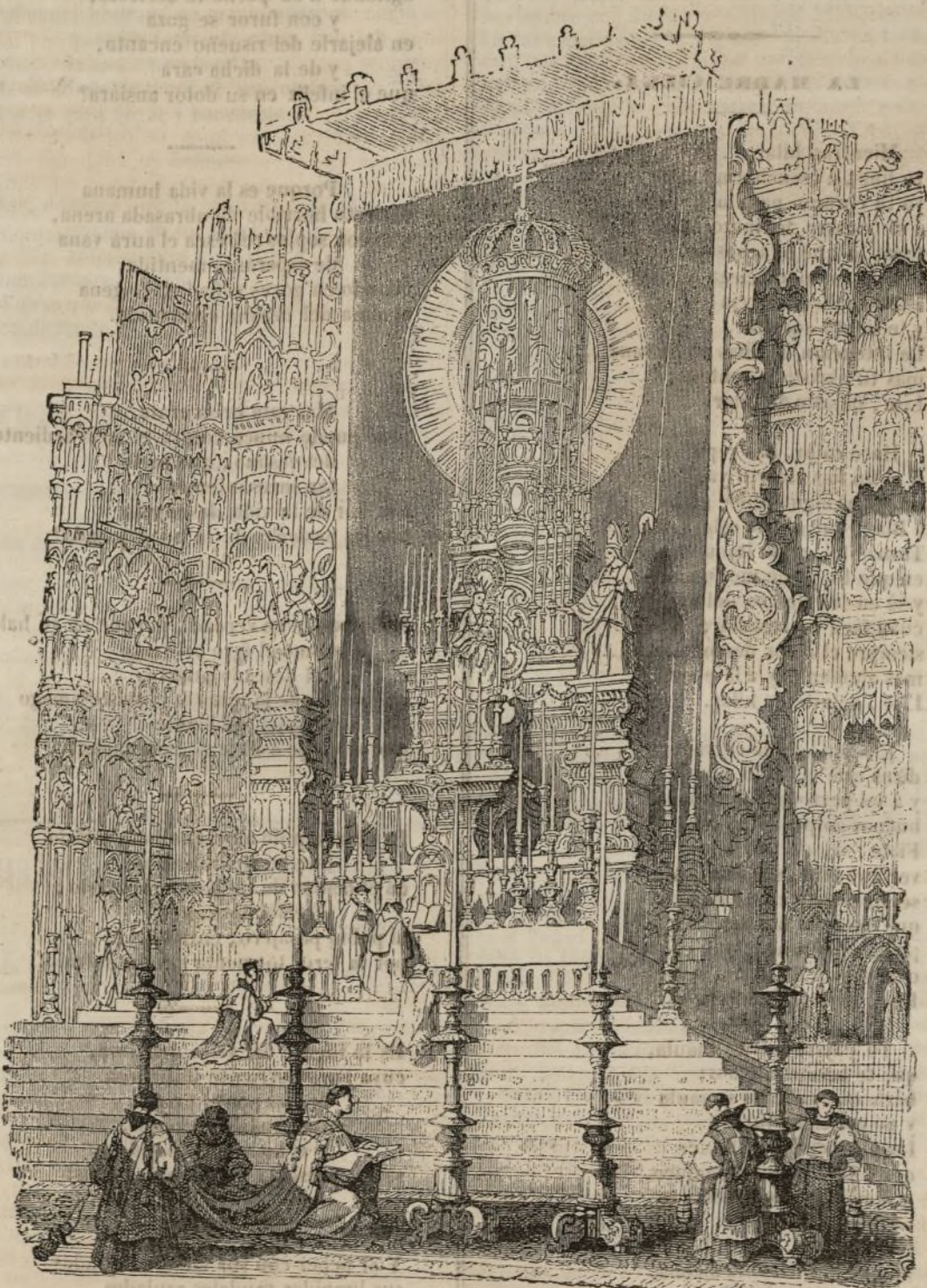
que sus miradas parleras
hieren el pecho certeras
como sangrientos harpones.—

Hermosas todas lo son,
todas galanas parecen.....
y es misera condicion
tener solo un corazon
donde tantas lo merecen.

Mas arriba, y en la misma orilla del rio, se alza la celebrada *Torre del Oro*, recuerdo de los últimos tiempos de los romanos, y preludio de la ar-

quitectura bizantina que habia de dar despues nacimiento á la arábica.—Por esta razon la *Torre del Oro* ha sido considerada por muchos artistas como un monumento del pueblo sarraceno; por esta razon une á la elegancia de sus formas algo de indefinible, que no se ajusta sin embargo á las reglas del arte de Vitrubio. La *Torre del Oro*, que se refleja en las aguas del Guadalquivir, como un fanal bellissimo, parece haber servido en otro tiempo de faro ó defensa del rio, y mas adelante de Almenara, como se deduce del nombre de *linterna* que hasta hace muy poco conservó su cúspide, cerrada úl-

de largas meditaciones, nos vemos obligados á pasar de largo sobre este asunto, por no ser el objeto del presente artículo.—Volviendo á nuestro propósito, diremos que la *torre del Oro* fué destinada tambien en mas recientes tiempos á cárcel, habiéndose visto en 1620 llena de prisioneros, de resultados de los motines que ocurrieron en Sevilla, conocidos con el nombre famoso de *Feria y Pendon verde*.—En la actualidad está sirviendo de oficina á la compañía del Guadalquivir.



Vista del altar mayor de la catedral de Sevilla.

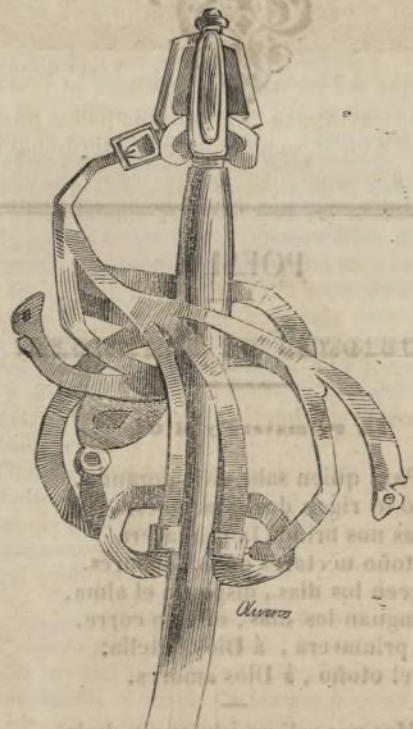
timamente por un gracioso cupulino.—En la edad media estuvo destinada, segun algunas crónicas, á prision de Estado, y poseyó tambien los tesoros de algunos reyes.—Pero cuando esta torre adquirió toda su celebridad fue en tiempo del rey don Pedro. Tuvo en ella aprisionada á doña Aldonza Coronel, esposa de Alvar Perez de Guzman, uno de los mas irreconciliables enemigos del joven é impetuoso monarca: y guardó en ella tambien sus inmensos tesoros, por medio de Simuel Leví, judío toledano, de quien llegó á hacer una confianza sin límites.—La *Torre del Oro*, rodeada de los barcos que pueblan la ribera y dan un aspecto vario y pintoresco al rio, en donde resuena el canto del marinero á cada paso, en donde se hablan casi todos los idiomas de Europa, ha suministrado á algunos poetas asunto para sus tradiciones y leyendas,

exaltando su imaginacion con mil ideas caballerescas y terribles.—Ya se han figurado escuchar en su recinto un festin espléndido, en donde á la algazara y alegre bullir de los donceles se mezclaban los dulces ecos de un tierno laud; ya la han pintado como morada del terror, en cuyo centro se apagaban los sollozos de las oprimidas victimas con las bárbaras carcajadas de sus opresores; y siempre que se ha hablado de esta torre, se ha prestado al rey don Pedro un colorido demasiado oscuro, en donde solo resaltan los rasgos de su crueldad, olvidando de todo punto su justicia. De buen grado nos detendríamos aquí á rebatir estas opiniones mal fundadas sobre un rey, á quien nosotros no titubeamos en llamar gloria de Castilla, ajenos de las preocupaciones y rencores, que han trasmitido hasta nuestros dias una caricatura tan monstruosa; pero sobre ser esto materia



Taza de D. Fernando el Católico.

Si siguiendo la margen de este, se encuentra mas al occidente el tan conocido puente de barcas que une á Sevilla con Triana, cuyo populoso barrio tiene tambien sus tradiciones y monumentos artísticos.—A la parte del Norte está situada la Cartuja de *Santa María de las Cuevas*, hoy fábrica de loza, depósito en otro tiempo de las inmortales obras de Zurbaran y de Montañez.—La vista que ofrece desde este lado la capital de Andalucía no puede ser ciertamente mas



Espada de Fernan Gonzalez.

pintoresca.—En primer término el rio, cuya corriente parece separar dos diversos pueblos, retratando en sus aguas las torres de Triana; á lo lejos la puerta que lleva este nombre, obra de grandiosas formas, cuya traza no falta quien atribuya á Herrera; y mas allá la ciudad, coronada de sus cien monumentos, en medio de los cuales se alza la catedral con su bellísima Giralda y se ven levantar sus altas copas de inmortal verdura mil y mil bosques de naranjos y laureles.—Cuán dulce es contemplar desde aquellos lugares la despedida del sol, que al bajar al occidente entre arreboles de oro y grana, dora con sus últimos rayos la gran Giralda, mientras toda la tierra se ve ya cubierta de sombras!... Parece entonces que la ciudad asentada en la llanura, se entrega al sueño confiada en su incansable vigia, á quien alumbró el sol de otro hemisferio: entonces es imposible tender la vista sobre aquel bello panorama, sin dar un á

Dios melancólico al sol que se oculta tras los cerros de Santa Brígida; entonces se agrupan á la imaginación multitud de ideas poéticas, que vienen á encantarla con sus preciosas formas.

Duerme ciudad de encantos celestiales,
con tu grandeza ufana
en medio de anchurosos arrabales,
cual hermosa sultana
entre esclavas y aromas orientales.

Duerme, sí; con tus auras deliciosas,
tus antiguos blasones,
tu Giralda, tus vegas olorosas,
tus rotos torreones
y templos celebrados,
y palacios y alcázares dorados.

Versos son estos debidos á la pluma del joven poeta sevillano D. Juan José Bueno, que hemos recitado mas de una vez, al contemplar aquel magnífico espectáculo, creyendo ahora cargar nuestra conciencia si hubiéramos dejado de trasladarlos á este sitio. En otro artículo concluiremos la breve reseña que nos hemos propuesto hacer de Sevilla, de aquella ciudad de encantos, cuya riqueza crece de día en día, y cuyos recuerdos son para nosotros tan agradables.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.



POESIA.

CANCIONES DE BERANGER.

La Primavera y el Otoño.

Para quien sabe vivir gozando,
todo lo rigen dos estaciones;
rosas nos brinda la primavera
y otoño néctares de mil sabores.
Crecen los días, dispierta el alma,
menguan los días, el vino corre.
En primavera, á Dios botella;
en el otoño, á Dios amores.

Mas nos valiera juntar sin duda
tan agradables inclinaciones,
pero hacen daño por vida mia
muchas conquistas, muchos licores.
Así, prudencia sabia me dice
que haga del año dos divisiones;
en primavera, á Dios botella,
en el otoño, á Dios amores.

Despunta mayo, contemplo á Rosa,
y á su alvedrío leyes me impone;
¿cuántos antojos, ruda y coqueta
me hace que sufra sumiso entonces!
Usando luego de represalias
á octubre apelo, y él me socorre.
En primavera, á Dios botella,
en el otoño, á Dios amores.

Ya tomo y dejo, ya vuelvo á Adela
sin pesadumbres, ni precauciones;
hasta la vista, me dice un día:

pasa algun tiempo, y á mí volviése.
Cantando entonces bajo las vides
la digo: el tiempo su curso corre:
en primavera, á Dios botella,
en el otoño, á Dios amores.

Mas hay acaso, joven tan linda
que por su antojo mide mis goces:
por embriagarme brindame vino
y hasta al deseo yugo le pone;
y así por ella no es maravilla
que de mis días se altere el orden,
en primavera, con la botella,
y en el otoño con los amores.

LA MADRE CIEGA.

Mientras hilares, hijita,
tu lino, á escucharme vas:
ya tu corazón palpita
á al nombre del mozo Blas:
teme lo que te aconseja,
te celo, aunque ciega y vieja,
á todo aplico la oreja
y te siento suspirar.
La intención de Blas no es sana....
mas tú abriste la ventana;
Lise, dejáste de hilar.

Hace calor, has repuesto;
si al fin has abierto ya,
no hagas algun dulce gesto
á Blas, que alerta estará.
Tachas mi genio iracundo,
en que fui joven me fundo;
y sé en los riesgos del mundo
cuán fácil es resbalar;
siempre el amor desconcierta....
mas alguien hay á la puerta;
Lise, dejáste de hilar.

El viento en la cerradura
dices que el ruido causó,
y á mi perro que murmura
buenos golpes le costó.
Fíate, sí, de mis años,
versátil Blas, sus amaños
serán causa de los daños
que apenas has de llorar....
¿Dios mío! niña, ¿Qué es eso?
oigo el son de tierno beso,
Lise, dejáste de hilar.

Tu pájaro, dices maula,
que te besa con amor;
hátle que calle en su jaula
y no escite mi furor.
Loco proceder te induce
que á la deshonra conduce,
y el mismo que te seduce
se reirá de tu pesar.
No te salvas, si eres boba...
Mas tú vas hacia la alcoba,
Lise, dejáste de hilar.

Me dices que á él ar un sueño:
¿conmigo juegas así!
Prometa Blas ser tu dueño
ó salga al punto de aquí.
Mientras la boda aguardando
estés con tu amante blando,
sigue, sigue, sigue hilando,
de mí no te has de alejar:
si el lino se enreda y trueca,
es inútil, otra rueca
no has de tener para hilar.

A. F. del Rio.



EL DESTINO.

Del alma Dios reflejo,
¿qué vale al hombre el mundo de amargura,
y ser llamado espejo
de aquella ciencia pura
que formó el universo en un instante,
y al astro que le alumbra centellante?

¿Qué vale, si el quebranto
agitando á su pecho le destroza,
y con furor se goza
en alejarle del risueño encanto,
y de la dicha cara
que el infeliz en su dolor ansiara?

Porque es la vida humana
desierto horrible de abrasada arena,
que con soplos refresca el aura vana
de esperanza mentida,
cuando en goces soñados enagena
al alma del destino combatida.

Mas esta brisa grata,
¿qué puede nunca contra el sirio ardiente
del destino, que mata
tan incesantemente
á la flor de la vida deshojada
por las pasiones de la edad pasada?

Nada puede en verdad, porque en su halago
como el faro brillante
del deseado puerto,
que oculta de la muerte el triste amago
al bajel anhelante
que se dirige á su enseñada incierto.

Es el tranquilo albergue hospitalario
que se alza silencioso
en el centro de un bosque solitario,
ofreciéndose airoso
al pobre pasajero, entristecido
por la feroz tormenta que ha sufrido.

Es la fuente del valle deliciosa,
cuya pura corriente bulliciosa
desliza por el prado
sus cristales serenos,
y al labrador cansado
se los presenta de frescura llenos:

Y al beber con sus labios abrasados
sus limpidos raudales azulados,
convirtiéndose al instante
en horroroso fuego devorante,
que conserva en su seno
cual bien infausto de letal veneno.

Ese faro, ese albergue, esa fortuna
tan solo son de la esperanza emblema
en el mar tormentoso de la vida,
presentando lejana
la dicha dulce y á la par suprema,
que siempre es del mortal apetecida.

Y cuando ciñe de risueñas flores
nuestra marchita frente
la graciosa esperanza, dulcemente
llamando á los amores,

entonces el destino con su mano
el alma hiere destructor é insano.

Huyen los séres su furor dañoso
como el ciervo inocente por el monte
herido de algun dardo venenoso,
cuando empieza su marcha Faetonte,
y á su golpe violento
fallece enteramente su ardimiento.

Y como enigma añeja,
reina del bosque, do creciera altiva
que por recuerdos deja
la triste perspectiva
de su abrasado tronco, consumido
por el rayo fugáz y enardecido:

Así, despues que la contraria suerte
se ceba en los mortales,
colmándoles de males
mas fieros y terribles que la muerte,
el alma queda en su dolor contino
maldiciendo mil veces su destino.

Y la mia, cual muchas infelice
execa sus pesares,
sus recuerdos maldice,
y encuentra solo bienhechor consuelo,
cantando sus azares
con aquel plectro que le diera el cielo.

AMALIA FENOLLOSA.



SUCESOS CONTEMPORANEOS.

Entrada de las hermanas de la Caridad en Méjico.—
Captura y fusilamiento de Zurbano.—Gran parada.

Córtese por donde quiera el círculo social; subdivídase esa inmensa curva reentrante hasta el infinito, y cada uno de sus arcos, ó porciones de estos, ofrecerá una historia análoga á la que encierra el heterogéneo epígrafe de estas líneas. Mientras la guerra, civil, que terminó con el abrazo de Vergara, afligía á España, la impunidad, en delitos políticos era un mal de trascendencia, y la tolerancia absoluta, hubiera hecho imposible el afianzamiento de la libertad, cuyo triunfo fué mas de una vez dudoso. La desunión del partido liberal, que al parecer habia quedado dueño único del país, causó nuevos disturbios en el suelo español, y entonces una parte de la prensa periódica, y los hombres sensatos de todos los matices políticos, insistieron en predicar la tolerancia política, como único medio para que la discusión fueser azonable, y en el terreno legal de los gobiernos representativos: las Cortes y la imprenta. Pero no ha sido así por desgracia, y los valientes que combatiendo por espacio de siete años contra los enemigos de la libertad, y en defensa del trono de ISABEL II, derramaron su sangre en cien batallas, han exalado el último suspiro por traidores á su reina y á su patria. A todos los partidos políticos que han subido al poder desde el año 39, les cabe esa desgracia que nosotros no calificaremos nunca, por ser otra la índole de nuestro periódico, y no estar de acuerdo en este punto ni con los diarios ministeriales, ni con los de la oposición. Narrar sin comentarios, cuando las pasiones estan agitadas, y se ventilan negocios de interés general, es empresa harto difícil, para almas jóvenes sobre todo; pero á ello estamos comprometidos, y en este artículo, como en los demás que de este género hemos publicado, seremos esclavos de nuestro propósito.

El justo aprecio con que son miradas en general, las piadosas mujeres, que bajo el nombre de *hermanas de la caridad*, alivian las dolencias de la humanidad, prestándose á los oficios mas repugnantes de los hospitales, con un celo admirable, nos obliga hoy á comunicar á nuestros lectores el feliz arribo á Méjico de la expedición que salió de Cádiz el día 11 del pasado setiembre.—Doña María Ana Gomez de la Cortina, condesa de la Cortina, una de las fundadoras de la piadosa mision, que con licencia del gobierno, habia de fundar un noviciado en la capital de aquella república, entregó dos millones de reales, recaudados entre las demás socias fundadoras, y se hizo á la vela la expedición en la fragata Isis. Arribaron á Vera-Cruz y Jalapa, sin el menor contratiempo, y acomodadas en unas literas, salieron de este último punto el día 11 de noviembre con dirección á Méjico. Saliéronlas á recibir las autoridades de Puebla, y una parte del clero, con una multitud de indios y niños que habian ido hasta Amoyogue, con palmas en las manos, cantando: *Benditas sean las que vienen en nombre del Señor*. Bajáronse las hermanas de las literas, y marchando en procesion precedidas de una banda de música, llegaron á la casa del cura, donde las esperaba el señor Obispo, el clero y los carmelitas de Puebla, á cuyo punto se dirigieron en unos coches preparados al efecto. La entrada de las hermanas en Puebla, fué magestuosa y grande. Nuestros lectores formarán una idea de ella por algunos trozos de la carta que ha escrito el capellan que dirigia la expedición, al director de las hijas de la caridad en España. Dice así:

«Un cuarto de hora antes de llegar á la ciudad, salió á recibirnos todo lo mejor y principal de ella. Una multitud de coches y de caballeros montados en sus caballos, á quienes seguian mas de 6000 personas del íntimo pueblo, obstruian nuestro tránsito, y solo despues de mucho tiempo pudimos entrar en las calles de la ciudad, cuyos balcones se hallaban todos ricamente entapizados, y ondeaban en ellos varias banderas de distintos colores en señal de alegría. Creo se hallarian mas de veinte mil personas de todas clases, que las hubieran hecho del todo intransitables, si la tropa que las cubria no hubiera abierto camino. Con mucho trabajo llegamos á la hermosa iglesia del Espíritu Santo, que en otro tiempo habia sido de los jesuitas; en su átrio encontramos al gobernador militar, al cabildo eclesiástico y civil, que nos estaban esperando; entró el señor Obispo, y tras de él toda la comitiva, por medio de dos filas de soldados que desde la puerta de la iglesia llegaban al altar mayor. Vestido de pontifical el señor Obispo, entonó un solemne *Te-Deum*, que se cantó con toda la música de la catedral, y concluido dió la bendición pontifical. Advierto á V. que el cuadro de San Vicente de Paul se hallaba colocado bajo dosel en el altar mayor.»

La entrada de las hermanas en Méjico, fué asimismo grande y solemne. El pueblo salió á recibir las hasta el Peñon, y á su entrada en el palacio arzobispal, salió su Ilustrísima acompañado de su cabildo, y toda la comitiva se dirigió al salon de etiqueta, bajo cuyo dosel estaba colocado un lienzo de San Vicente de Paul, representado en el acto de recoger los niños de entre los escombros de la miseria. Allí se ordenó la procesion, que luego salió por una de las puertas laterales del arzobispado, y se dirigió á la iglesia de Santa Teresa la antigua, donde descubierto el Santísimo Sacramento, el prelado vestido de pontifical entonó el *Te-Deum*, que prosiguieron las monjas carmelitas; se rezaron las preces de acción de gracias y las oraciones correspondientes; bendijo el mismo prelado á las hermanas, ó á sus nuevas hijas, en señal de adopcion. Reservado el Santísimo, todos regresaron al mismo palacio, donde se sirvió un espléndido almuerzo.

A las tres de la tarde fueron conducidas las mismas hermanas entre las filas militares y bandas de música, en los mismos coches que habian salido á su recibimiento, á la casa de la señora condesa de la Cortina, su fundadora, y allí se las obsequió con una mesa correspondiente, y despues con refresco á la noche, al que asistieron las señoritas Fagoagas, que tanto han contribuido á su venida y establecimiento en Méjico. Honraron la mesa varias personas de la mas alta categoría, y durante la cena y el refresco sonaron sin interrupcion las músicas militares, y se dieron repetidas gracias á los autores de tanto bien, y un capellan español las estendió al señor don Bonifacio Fernandez de Córdoba que habia allanado y vencido tantas dificultades, que en sus principios lo presentaban como impracticable.

Aquella noche fueron dos hermanas, acompañadas del director, al palacio del presidente de la república, quien las recibió cordialmente, congratulándose por su llegada, y encareciendo las ventajas de su instituto. Evacuada esta diligencia, se retiraron á la casa provisional que les estaba destinada, la cual reúne todo

lo necesario para un noviciado. Segun escriben de aquella capital, parece que son muchas las jóvenes que solicitan entrar de novicias. A nosotros nos complace mucho que los mejicanos hayan comprendido la importancia humanitaria de esas hijas de San Vicente de Paul; pues de su celo y verdadera caridad evangélica, se puede prometer mucho la república mejicana.—Pero pasemos ahora al segundo punto, de los tres que nos hemos propuesto narrar: parándonos en él lo menos posible, pues aquí en vez de hermanas de la caridad, nos hallamos con una pobre señora, que en el corto espacio de 40 dias, ha perdido un esposo, dos hijos y dos hermanos.

Enterados ya nuestros lectores de los fusilamientos ocurridos en Logroño y los valles de Hecho y Ansó, y enemigos nosotros de recargar esos cuadros tristes y dolorosos, en que la ley impone silencio al corazón, contentámonos con referir únicamente los últimos sucesos, relativos á la conspiracion de Logroño.—Apaciguada la rebelion del alto Aragon con la sangre de algunos infelices paisanos que el gobierno hizo fusilar en los pueblos sublevados, y ejecutada igual sentencia en los dos hijos y un cuñado del general Zurbano, el silencio de los sepulcros habia ahogado toda discusión sobre aquellos sucesos. La pobre madre, que con el negro vestido teñido en sangre de uno de sus hijos, se habia arrojado á los pies de S. M. para implorar el perdon del otro pedazo de sus entrañas, supo al dar vuelta á Logroño la ineficacia de su comision. El segundo de sus hijos, que con las lágrimas de su afligida madre habia obtenido el perdon de la augusta ISABEL, estaba ya en la mansion eterna, en compañía de su cariñoso hermano, y de su pobre tio. Los periódicos afirmaban que el general Zurbano se habia refugiado en el vecino reino de Portugal, y el magnánimo corazón de nuestra joven reina, no podia premiar los servicios que la familia de Zurbano prestara un tiempo al trono y á las instituciones, perdonando una falta, espiciada ya con la sangre que teñia los campos de Logroño. Aseguraron despues que Zurbano habia llegado á Londres, y todos los corazones generosos, sin distincion de partidos, se alegraban de que la infeliz madre tuviese una persona en el mundo con quien llorar su desgracia, cuando hé aquí que se recibe la noticia de la captura de Zurbano y muerte de su cuñado Cayo Muro. A pesar de ser el preso la persona de mas graduacion entre los sublevados, toda España creyó leer la palabra «perdon» en los augustos labios de S. M.; nadie podia creer que la tierra impregnada aun con la sangre de dos hijos, absorbiese tambien la del padre. Pero esa vez desgraciadamente, tambien llegó tarde el indulto, que segun se dice, habia concedido S. M., y la sangre del padre se ha mezclado en este mundo con la de los hijos. ¡Quiera Dios unir tambien sus almas en la mansion celeste del otro!—Son reducidos los límites de este artículo para apuntar la vida militar de Zurbano, harto conocida tambien del público; nos contentamos con recomendar á nuestros lectores la que está escribiendo don Eusebio Asquerino, y publicará muy en breve el señor Boix; pues de su imparcialidad y copia de datos, tenemos excelentes noticias.

Ahora en cumplimiento de nuestro heterogéneo propósito, nos disponemos á ver á S. M. salir de Palacio el día 28 á las dos de la tarde, y dirigirse al Retiro, para montar á caballo y revistar las tropas que estaban tendidas en el salon del Prado y paseo de las Delicias. Era la primera vez que se celebraba tan solemne ceremonia, y á pesar del fuerte viento que soplabá, sobre todo, fuera de la poblacion, un gentío inmenso invadía las calles de Alcalá, paseo del Prado y Canal. Media *Guia de Forasteros* á caballo, esto es, unos cientos de oficiales generales, llegaron á las dos menos cuarto á los jardines del Retiro, donde esperaron á S. M., que con su augusta Madre y Hermana, habia salido de Palacio en una elegante carretela, seguida de varios coches, donde venian las damas de honor y los gentiles hombres. Allí la joven reina, vestida con un traje azul con botonadura de oro, entorchados del mismo metal en las mangas, y sombrerito negro con velo azul, montó en un brioso caballo perla, que manejaba con elegante inteligencia. Seguianla inmediatamente los señores Narváez y Mazarredo, y á cierta distancia, al lado de su esposo, se veia á la elegante duquesa de San Carlos, única dama de honor que pudo acompañar á S. M. en la jornada ecuestre. La *Guia de Forasteros* marchaba detrás formando comitiva, y seguia asimismo una carretela descubierta, ocupada por el resto de la familia real.—La formacion empezaba en la fuente de Cibeles, estendiéndose por el salon del Prado, Delicias y Puente de Santa Isabel, hasta el embarcadero, guardando el orden siguiente:

Formaba la cabeza de la línea el regimiento de Ingenieros, que apoyaba su derecha en el extremo del paseo de coches del salon del Prado, y despues la ar-

tillería de tierra del 5.º regimiento. Segunfaule des-

ocupaban la estension que media hasta la puerta de Isabel II, y un destacamento de la guardia civil de infantería. La brigada de artillería montada, y los regimientos de caballería 1.º d.º Rey, Alcántara, Pa-



Zurbano.

pues el regimiento de la Princesa y el del Infante, que



Vista de la gran plaza de Méjico.

vía, Bailen y Constitucion, se sucedían en el mencionado orden, ocupando la mencionada distancia que hay desde el puente de Santa Isabel hasta la puerta del Embarcadero del Canal.

Terminada la revista se volvió S. M. al carruaje, y frente al Parque de Artillería vió desfilas las tropas.

NOTA. Pronto á entrar en prensa el LABERINTO, se ha roto el grabado que representaba á S. M. en el acto de revistar las tropas; pero se ha encargado nuevamente para el número próximo.

Revista de la Quincena.

Amenos y en extremo entretenidos han sido los últimos quince días que acaban de pasar. Si se atiende al temporal, tan amenos han sido, que escasamente podrá encontrarse un día entre ellos de temperatura igual; pero esto mismo ha sido causa de que las fiestas y públicas diversiones se hayan tomado con mas avidez que en otras ocasiones. En Francia continúa en la Cámara de los diputados el importante debate sobre el proyecto de mensaje. Mr. Guizot, despues de haberse defendido contra los fuertes ataques del conde de Molé, ha sostenido una lucha empeñada con Mr. Thiers. La política seguida por el gobierno francés en Marruecos y Taiti ha sido muy combatida. Una enmienda contraria al gabinete, presentada por Mr. Carné, es probable que haya decidido ya la suerte del gabinete, que por tan largo espacio ha regido los destinos de la Francia. Parece que las duquesas de Nemours y de Aumale se encuentran en estado bastante interesante, y muy pronto contará con algun vástago mas el árbol magnifico en que se halla cifrado el porvenir y la grandeza de la Francia. Nada de particular ha ocurrido en Londres, hácia lo cual deba llamarse la atencion de nuestros lectores. Háblase de fortificar aquella inmensa capital, y atribúyese tan grande como atrevido pensamiento al duque de Wellington. El gran agitador O'Connell permanece en la inaccion, y la Irlanda vive tranquila, esperando con su hombre los pasos que el gabinete inglés piensa dar á favor de aquel desgraciado pais. Se cree que en la actualidad se trabaja incesantemente por anudar nuestras relaciones con la cabeza visible de la iglesia. Parécenos, sin embargo, que la consecucion de este fin ha de presentar graves dificultades, y que para alcanzar bien poco, habrá que empezar por conceder muy mucho.

En el orden político han tenido lugar entre nosotros sucesos graves, á la par que inesperados, dignos de aplauso los unos, merecedores de censura los otros, bien recibidos aquellos, con amargo dolor contemplados estos. Nuestros lectores conocerán que nos referimos al indulto del noble como bizarro general Prim; á la libertad bajo fianza carcelera, en que despues de tantos meses de prision se ha puesto á los redactores del Eco; y á la captura y fusilamiento del que defendió tantas veces y en tan ar-

riesgadas ocasiones el trono constitucional de doña Isabel II, del general don Martin Zurbano. En otro lugar del Laberinto encontrarán nuestros lectores una noticia circunstanciada de estos acontecimientos

contemporáneos, que siendo ya del dominio de la historia, ella los calificará segun lo requiere su severa imparcialidad.

El Congreso de diputados ha terminado la dis-



ALEGORIA DEL MES DE FEBRERO.

casion del proyecto de ley sobre culto y clero, y tambien la del proyecto de ley sobre monjas. Ocupase en la actualidad del proyecto de ley penal sobre el tráfico de negros, y en este importante debate se han presentado ideas luminosas, en que ha resaltado la esclavitud con toda su humillacion y degradante colorido, formando perfecto contraste con los principios humanitarios, ante los cuales se vé desaparecer el tráfico de negros. En el Senado se ha concluido la discusion sobre el proyecto de reforma constitucional, conforme en un todo con el proyecto del Congreso. Se ha elevado á la sancion de S. M., y se ignora cuándo tendrá á bien concedérsela, y por lo mismo, desde cuándo empezará á regir. Tambien ha discutido y aprobado el alto cuerpo el proyecto de ley sobre conversion, y ocupase en la actualidad de discutir la ley reprensiva de la vagancia.

La fiesta popular del día de San Antonio Abad ha sido tan concurrida como siempre. Ningun suceso triste ni desgracia alguna ha venido á turbar la alegría que siempre reina en estas ocasiones. Una gran parte de los que tienen caballerías han ido á dar sus vueltas, como de costumbre, no sin comprar la bendita cebada. Los que no las tienen, y estos son los mas, han dado las vueltas á pie, y todos ó la mayor parte han hecho gasto á los panecillos, que con el epigrafe del *Santo bendito* se dejan comer como si fuera gloria. Tambien la fiesta de San Sebastian ha estado muy lucida, aunque no tanto como la otra de quien puede llamarse cola, y á la que van á parar todos los residuos de San Anton en el género de panecillos, sin que se altere en lo mas mínimo el pregon, porque los dos son santos.

El día 28 revistó S. M. á caballo las tropas que se encuentran en esta corte. En otro lugar tendrán ocasion nuestros lectores de encontrar curiosos detalles sobre tan interesante acto, que no podrá menos de llamar notablemente la atencion por ser la vez primera que nuestra jóven reina se ha presentado con tanto garbo y gentileza. llevando con sus tiernas manos las riendas de un brioso caballo perla.

Los coliseos han estado sumamente animados durante esta Quincena. Dias ha habido de ejecutarse en los tres teatros funciones dignas de llamar la aten-

cion, y los tres han tenido entrada llena. Vamos á dar una idea de estas novedades, segun nos lo permite el estrecho límite que para este trabajo tenemos



é del Gran-Duca
Appiani é l'alma... ei me richiese, ed io
Saivo il fratello á prezzo
D'eterno pianto! é giusto il tuo disprezzo?

Eleonora (ANNUNZIATA TIRELLI) en la escena quinta del acto segundo.

á nuestra disposicion. Ha llamado en primer término la atencion del público madrileño la ópera en tres actos LUIGI ROLLA, ó EL ARTISTA; música del

Seguramente que no. Pues qué, ¿no se silbó en esta corte la ópera que simboliza todas las glorias de Rossini, no se silbó la *Semiramis* la primera noche de su representacion? ¿No se oyó con desagrado por un público conocedor como ninguno, é inteligente, la divina *Norma*, la noche que se estrenó? ¿Y no son hoy estos célebres spartitos el encanto y la delicia de todo el mundo filarmónico? No ha sido recibido de tan mala manera el ROLLA, como lo fueran en un día, que no sabemos cómo calificar esas joyas inestimables del arte por los incautos. El ROLLA se ha oido con gusto la primera vez, con suma aficion la segunda. Con gran deseo la tercera, con notable entusiasmo la cuarta. En todas ellas se han oido aplausos estrepitosos, y hay solo la diferencia de que ciertos pasajes se han ido aplaudiendo á medida que su música se iba oyendo una y otra vez, y se dejaba conocer.

Bien conocido por cierto es el argumento para el cual se ha compuesto la música del ROLLA. No hace muchos años que se representó en los teatros de esta corte una pieza en un acto, traducida del francés, con el título del ARTISTA. Este personaje es el que sobresale en la ópera por encima de todos, siempre tierno, entusiasmado siempre, ora conmovido por las grandes pasiones que agitan su alma, ora triste y melancólico por la amargura que despedaza su corazon. La música se adapta perfectamente á todos, y á cada uno en estos pasos: la originalidad resalta en sus soberbios cantos, y la filosofía mas rígida profundiza los secretos mas recónditos del arte. La escelencia de estas dotes resalta desde luego en la *ballata* del primer acto, en el *Angelus domini*, en el andante del duo de Rolla y Eleonora, y en todo el acto tercero, en el que no hay ni una sola nota de desperdicio.

Repetimos que el que quiera valuar el mérito de Moriani, como cantante y como actor, necesita oír el *Rolla* mas de una vez; á pesar de que una sola vez bastó para que el público conociera el arte en toda su perfeccion. Moriani es en esta ópera un desgraciado artista, cuya existencia es su amor, cuyo amor es la gloria, y esta la cifra en dar vida al duro mármol, que es objeto constante de sus desvelos.

El público de Madrid conocia, como hemos dicho, el argumento de esta ópera, que no hace mucho tiempo habia visto ejecutado por la compañía de verso, con el título de *El Artista*, y esto sirvió de mucho para poder apreciar el talento con que Moriani comprendió todas las situaciones difíciles de *Rolla*. La ópera, en rigor, no empieza hasta la mitad del acto segundo, y puede muy bien decirse que el acto tercero vale por los otros dos; en él estan las principales piezas de la ópera, entre ellas el rondó de la tiple, el duo de baritono y tenor, y el ária de este último.

El señor Moriani, como hemos dicho ya, es el motivo, por decirlo así, de esta ópera, y por la tanto aparece en primer término; siendo tal vez de éxito dudoso la ópera, no tomando parte en ella tan distinguido cantante. En el primer acto no tiene mas que un duetino con Eleonora, y tanto en esta pieza como en el duo que canta con su hermano en el segundo acto y en la plegaria del *Angelus*, estuvo admirable. Luciendo sobremanera en el final del acto segundo, donde embriagado de amor y orgullo artístico, le reconviene á Appiani con estas palabras:

E chi sei tu?
Sogno vano é mentitore
E la pompa que te cinge,
Ma sorride á questo core
Una speme que non finge,
Donno assai magior d'un regno
Diede il cielo á me l'ingegno,
Quale io son d'innanzi á Dio
Tu sei polve innanzi á me.

Desde la escena tercera del acto último la ópera es ya de Moriani; el estudio de *Rolla* aparece de nuevo, y de allí no se mueve el artista hasta que cae el telon. Aquí es el bellissimo duo con el bajo, despues del cual rompe la estatua de Safo; aquí, donde se vé aquel rostro trastornado en medio segundo, de una manera que horroriza y aflige al es-



T'amo, io t'amo... ah! dimmi ó cara
E una morte tanto amara...
Gioia... é riso... á me parrà!

ROLLA ELEONORA Y STEFANO, en la penúltima escena del drama.

maestro Ricci. Los que hayan visto á Moriani cantar la *Lucia* y la *Lucrecia*, no podrán dar una idea exacta del mérito de este insigne artista, si no le han oido cantar el ROLLA. Compuso el maestro Ricci este spartito para el tenor que hoy día es nuestro encanto, y á él hubo de dedicársele tambien, puesto que nadie como él podia con su sublime inspiracion y sus angelicales cantos hacen resaltar mas y mas la gloria del maestro. Ejecutóse en Florencia por pri-

mera vez hace dos años, y su éxito en aquella capital, tan conocedora del arte, no correspondió con mucho al mérito, á la filosofía que esta notable produccion encierra. Igual resultado tuvo la primera representacion en esta corte, y á escepcion de algunas piezas notables por su mérito sobresaliente, y por lo que se pegan al oido, pasaron desapercibidas muchas de las bellezas que se encuentran en el ROLLA. ¿Y tendrá esto algo de particular ó de extraño?

pectador; aquí también el delirio del artista, y aquí por fin, la mirada cadavérica del genio avaro de gloria, y la muerte. La arrogancia con que Rolla habla á Appiani en casa de Eleonora, forma un notable contraste con la humildad de estas palabras, que le dirige en su estudio, para que no le arranque la estatua:

Ah! calpestatemi qual verme abbietto
Onta ed oltraggi sommessio aspetto....
Ma l'opra mia non mi toglie
Se non avete di tigre il cor.

Es imposible querer dar una idea á los que no hayan visto el *Rolla*, de la risa que asoma á los labios del artista despues de haber roto la estatua; imposible también explicar el efecto que causa su semblante cuando anuncia por momentos una crisis segura; y en cuanto al momento supremo de la ópera, hemos llamado en nuestro auxilio el lápiz, con ánimo de aproximarnos algo á la verdad. Pero á pesar del acierto con que el señor Zarza ha secundado nuestros deseos, hemos quedado inferiores al original. El público le ha llamado á la escena todas las noches, haciéndole ceñir la guirnalda de oro con que Miguel Angel (el señor Becerra) le debía coronar en la ópera.

La señorita Tirelli es la segunda figura de ese cuadro, no porque su parte en esa ópera sea muy estensa, sino por lo felizmente que desempeñó las piezas que estaban á su cargo. Cantó su cavatina de salida con mucha inteligencia, y en el duo que tiene con el tenor fué muy aplaudida del público. El rondó del acto 3.º es una pieza de mucho empeño, y Eleonora le cantó con gran maestría, recibiendo muchos aplausos de los espectadores. La citada pieza no es de las mas filosóficas de la ópera; pero la señorita Tirelli supo conservar cantando la dignidad de que carecía la música. Como actriz se distinguió sobremanera al final de la ópera; presenciando con afanosa inquietud la muerte del artista, y retratándose el dolor en su desencajado rostro.

La señorita Chimeno cantó la ballata del primer acto con mucha gracia, presentándose con elegancia en la escena. En los versos que canta, cuando está pintando en el estudio de su hermano, no le falta mas, á juicio nuestro, sino perder algo de timidez; pues la música es graciosa, y es una de esas piezas que ordinariamente hace repetir el público. La voz de la señora Chimeno no es de gran estension, pero sí muy agradable y bien aprovechada.

De los demás actores nada podemos decir, porque desempeñaban papeles insignificantes. Al señor Oller únicamente le diríamos algo, si no nos hiciere callar la nota del cartel, en que se advertía que el citado señor confiaba en la indulgencia del público, al encargarse de un papel que no estaba en su cuerda. Suplicamos sin embargo á los cantantes, que no nos pongan á menudo en ese caso; pues una vez se respeta, pero no siempre.

En cuanto á trajes, eran ricos todos, y se distinguían entre ellos los dos de la señorita Tirelli, y el segundo del señor Oller. Los coros cantaron con menos lujo que vistieron; pues sus trajes no merecían de los de las primeras partes.

El mismo teatro de la Cruz lo ha sido asimismo de uno de los mejores triunfos del poeta Zorrilla. Y no decimos esto porque el éxito del *Alcalde Ronquillo* fuese estrepitoso, sino porque indudablemente (y allá va nuestra opinion, segura de no ser la única) es una de las mas bellas composiciones del autor de *D. Juan Tenorio*. Decidido el señor Zorrilla á animar en sus obras los héroes mas populares, no perdona tradicion, ni pierde creencias de las que mas ó menos autorizadas anduvieron en boca de nuestros mayores, y aun se refieren en nuestros dias. La que revela el título de este drama, la saben de memoria las gentes de Castilla, y no hay una persona en Valladolid que ignore lo que sucedió al *Alcalde Ronquillo* con los demonios.—Las siguientes palabras de nuestro colaborador el señor Ferrer del Rio, puestas en un juicio crítico que sobre dicho drama ha publicado ya, dice mas que cuanto nosotros pudiéramos añadir en elogio del genio atrevido que tales empresas acomete, y tal cima las da.

«Gran talento se necesita para tocar á las creencias populares, inspiracion sublime para explicarlas

en el siglo XIX sin escitar la mofa de los que se vanaglorian de escepticismo religioso, y sin alarmar las meticulosas creencias de los que consideran artículos de fé las consejas nacidas en tiempos monacales, y transmitidas de padres á hijos en el curso de los años. *Don Juan Tenorio*, por ejemplo, arrastrado por el comendador á los infiernos en castigo de sus enormes culpas, produciria en la actualidad toda clase de impresiones, menos la de conducir por el rumbo del terror á la morada del arrepentimiento, hermano canal de la inocencia: pero don Juan Tenorio, animado en medio de sus crímenes por un amor espiritual y profundo, que le induce á implorar el perdón divino en el mismo umbral de la muerte, inspira la idea de un Dios bondadoso ante cuya clemencia infinita borra un instante de arrepentimiento toda una vida de crímenes y de horrores. Y viniendo al drama que nos ocupa, todavía nos ocurre una observacion á fin de comprobar lo que arriba indicamos. Desmentir que hubo motivo en el siglo XVI para creer que el *Alcalde Ronquillo* se le habian llevado los demonios para desconocer el espíritu en aquella época dominante. Preferible era dejar correr la tradicion como ha corrido tantos años, si el que se proponia mencionarla sancionaba con su voto lo que entonces podia parecer cierto, y en la actualidad, con muy pocas escepciones seria para todos absurdo. Apoderarse de la tradicion y decir al pueblo: «*lo que tus mayores han creído tenía todas las apariencias de verdad, por la índole de los tiempos que alcanzaban; pero engendró esas apariencias lo que vas á oír de mi boca*,» supone toda osadía del genio, enlaza la historia de lo pasado con la historia de lo presente, el triste influjo de la supersticion y del fanatismo con la magia de la fé religiosa, las hogeras inquisitoriales con el espíritu de la tolerancia, el desasosiego de las guerras con la calma de las discusiones, la ignorancia con el progreso de las luces.

Es pues benefica la tendencia que se advierte en el fondo del drama titulado *El Alcalde Ronquillo* como en otras muchas obras de Zorrilla; y la empresa es tan árdua como insigne la imaginacion del que á ella se aventura.

Fúndase el grande interés de este drama en el profundo misterio que rodea á dos personajes que se agrupan en torno del *Alcalde Ronquillo*, presentándose uno de ellos como *el diablo del rey* y otro como *el diablo de Dios*, hasta descubrirse que aquel sirve á los intereses de Felipe II, y este á su propia honra, por cuyo desagravio se afana en apoderarse de unas cartas dirigidas por el rey á una hermana suya y obran en poder del *Alcalde Ronquillo*, á quien solo puede arrancárselas en el sepulcro, de donde le saca con cautela. A este desenlace marcha la intriga á través de complicado enredo, notándose en la versificación, robustez y lozanía, prodigiosa soltura en el diálogo, suma animacion en muchas escenas y varias situaciones dramáticas.

La ejecucion fué muy desigual; y por mejor decir.... mala en su mayor parte. Las actrices estuvieron algo mejor que los actores (el señor Zorrilla no las ha creído necesarias en este drama); las galas de su ingenio, han sabido llenar ese inmenso vacío. Y para que no se diga que hablamos de memoria diremos: que el señor Latorre estaba ronco y por lo tanto aburrido y trabajando á disgusto; Lumbreras luchaba desesperadamente con un papel tan propio de su cuerda, como los de prima-donna; y en los demas habia de todo. Tanto, que por faltar algo, habia á quien le faltaba aprenderse el papel. Es un dolor que piezas de tanto interés y sobre todo de tanta novedad, porque en ellas juega el autor el todo por el todo, sacrificando al vuelo de su genio, el gusto conocido del público, sean descuidadas por los actores. En cuanto á la parte de escena, no nos ocurre notar otra cosa sino la manera de levantar una gran lápida de un sepulcro de mármol, que parece pesar 100 quintales, con una hebra de seda. Esto que á algunos les parecerá una pequeñez, no lo es tal, pues tiene una parte y no indiferente en el éxito de las funciones. Si el autor hubiese querido servirse de la magia para abrir el sepulcro, con un soplo ó cosa tal tenia suficiente; pero no ha sido tal su intencion, y el maquinista debe contribuir por su parte á que el público comprenda la intencion del autor.—Como muestra de la versificación, copiamos

las siguientes octavas que reasumen, por decirlo así, el asunto del drama:

Silencio. Lleva al rey el relicario
que ansió tanto adquirir; está vacío.
Dile que de su lecho funerario
se alzó el cadáver al mandato mio;
mas que encierra en su centro solitario,
su secreto fatal su mármol frío,
donde bajo el misterio mas profundo
quedará impenetrable para el mundo.
Dile que aquesta historia transmitida
será mañana al pueblo: mas velada
en misteriosas nieblas, referida
por la lengua del púlpito sagrada,
por la presente edad no comprendida,
por la futura edad no interpretada,
muro será de tradicion tremenda
que su gloria real guarde y defienda.
Dile que, caballero y ofendido,
la fuerza y la razon tuve en mi abono,
mas satisfecho con haber podido,
el armiño manchar no osé del trono.
Dile que el deshonor que en mi ha vertido
no le devuelve en deshonor mi encono,
porque en la fé del noble verdadero
el honor de su rey es lo primero.
Eso dirás al rey: él solamente
lo entenderá: tras tí de este edificio
saldrá esta historia: el clero facilmente
del diablo la dará por maleficio:
cundirá como tal entre la gente,
llegará como tal al santo oficio,
que en esa tumba encontrará espantado
el prodigio infernal testificado.
Mas crea de esta historia incomprensible
la venidera gente lo que quiera.
¿Que obra del diablo fué? no era imposible:
¿que fué supersticion? también pudiera.
Santa verdad ó fábula increíble,
no tendrá nunca explicacion entera.
Llegan. Vamos de aquí.

(Descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.)

Vulgo sencillo,
créetú que el diablo se llevó á Ronquillo!

Otra de las funciones ejecutadas en la Cruz últimamente ha sido una comedia del señor Breton de los Herreros, titulada: *D. Frutos en Belchite*, segunda parte del *Pelo de la Dehesa*.—La primera parte del título, que también compromete al autor á seguir la pista del *Pelo de la Dehesa*, no autorizaba tanto las exigencias del público como la segunda. Del título completo, se debía esperar que la comedia nueva fuese una continuacion de la primitiva. Pocos caminos tenia el señor Breton para dirigir su rumbo: pero admitida la necesidad, suyos eran los medios ó conatos de satisfacerla.—En la primera parte le aburre á don Frutos la sociedad de Madrid, y huye de ella blasfemando de sus exigencias, que tacha de imperitinentes; en la segunda le fastidia la sencillez de sus paisanos y recuerda las delicias de la corte. Este cambio de inclinaciones, ese modo distinto de ver las cosas, es muy natural; tanto mas estando por enmedio el amor; pero el señor Breton no ha colocado á don Frutos en ese término medio, sino que le ha civilizado demasiado, y ese es un mal para la comedia, considerada como segunda parte del *Pelo de la Dehesa*. El lenguaje elegante de don Frutos, su pronunciaci6n clara y suave, sus maneras, sus inclinaciones, todo indica á creer que el autor no le ha llevado directamente desde Madrid á Belchite, sino que lo ha bañado primero en Londres y lo ha perfumado en París. El cortesano ladino que se presenta en Belchite, no se parece en nada al aragonés franco y testarudo que sale de Madrid sin saberse poner los guantes. Esto es lo único que nos ocurre, considerando la presente comedia como segunda parte del *Pelo de la Dehesa*; dejando á un lado esa circunstancia, aun nos queda por juzgar la comedia; y á ello, Dios mediante, y en cuatro palabras nos disponemos á renglon seguido. Admitido el teatro del señor Breton, donde á las veces el chiste decoroso y la versificación fluida, sirve la plaza del argumento, y otras la verdad de los cuadros, relevan del enredo; admitido, decimos, ese inmenso repertorio, que

divirtiéndolo al público, ha corregido infinitos vicios sociales, se puede entrar sin salvedades en el asunto.

La escena pasa en Belchite, y en casa de un labrador regularmente acomodado, á cuya hija ha dado palabra de matrimonio don Frutos. Está enamorado de la chica un escribano lloron, á quien ella quiso un tiempo, y ahora no, porque su padre, á costa de toda clase de humillaciones, quiere que se case con don Frutos. Llega casualmente á Belchite la novia que tuvo don Frutos en Madrid; la entran por casualidad desmayada á presencia de don Frutos; vuelve en sí casualmente, y recibe por casualidad una carta en que la anuncian la muerte de su madre. Así se lo dice ella á don Frutos; el cual, si lo creyó, fue el único; pues el público, sin mas que ver la carta, encomendó á Dios al marido. El bueno de don Frutos, sin dejar de ser aragonés, deja de tener palabra, y para que no se lo conozcan, dice que se ha de casar, aunque sea infeliz para toda su vida; pero acude á un medio bastante ingenioso que le libra de una boda y le ofrece otra. Sabe que la chica y el padre le quieren únicamente porque tiene dinero, y le ocurre hacer testamento antes de la boda, dejando una parte de sus bienes al escribano lloron, otra á la señorita de Madrid, y el resto al hospital de locos de Zaragoza.

A eso se reduce la fábula de la segunda parte del *Pelo de la Dehesa*; hablar aquí de la gracia de los chistes y de la viveza del diálogo, tratándose de un poeta como Breton, sería tiempo perdido; en eso consiste la magia de sus comedias, que son aplaudidas del público mientras se representan, y á eso debe el merecido nombre que goza en la república literaria.—En cuanto á los caracteres, hay de todo en la comedia de que hablamos: Preséntase en primera línea el escribano, que es el tipo mas original y mejor sostenido que hemos visto nunca en el teatro; viene en seguida el de la hija del ricacho, que asimismo está perfectamente trazado. En los demas, hay de todo, y no dudamos en señalar como completamente falsos el de don Frutos y el de su suegro en ciernes. El primero, por los motivos indicados anteriormente, y el segundo, porque si no es imposible hallar un aragonés avaro, es muy difícil encontrarle tan bajo y tan adúlador como le pinta el autor de la comedia. En la ejecucion hubo de todo; distinguiéndose particularmente la Juanita Perez y Caltanazor. Este último era el protagonista de la comedia, que pudiera muy bien haberse titulado: *don Mamerto pucheritos ó el escribano lloron*.—El señor Breton ha quedado inferior en esta segunda parte del *Pelo de la Dehesa* á la primera, que tanto agradó al público; sin embargo, ha hecho reír como de costumbre, y tiene escenas cómicas de mucho efecto.

El teatro del Circo nos ha regalado en la última quincena un baile lindísimo titulado: *El Diablo enamorado*, del cual diremos cuatro ó mas palabras; pues en el mundo bailarín es un acontecimiento que vale cualquier cosa.—Estrenóse á beneficio de la encantadora Siffide Guy Stephan, y con esto basta para conocer que la entrada fué de las mejores que se han visto, á pesar de que el papel andaba caro, un trescientos p. 8 mas de lo regular.

Poco ó nada puede decirse del argumento de un baile, y cuando no se encuentra en las comedias, ridiculo sería buscarle en esos espectáculos. Baste decir que el enredo del *Diablo enamorado* es de los mas racionales que conocemos.—Julio César y Hernán Cortés haciendo piruetas, es una cosa, amen de ridicula, extravagante y monstruosa; pero un diablo y un conde pueden libremente hacer de sus piernas el uso que quieran. Así sucede en el baile de que hablamos, y hé aquí por qué el señor Petipá, la señora Guy Stephan y los demas bailarines han estado en su derecho esta vez. Ni mas ni menos que nosotros creemos estarlo diciendo, que con diablitos como la Stephan, se puede uno aventurar á ver lo que pasa en el infierno. La parte mímica, que á no dudarlo es el espollo de todos los bailes, estaba confiada principalmente á la graciosa bailarina Stephan, y agradó mucho al público. Las decoraciones, pintadas por D. Eusebio Luccini, son de lo mas lindo que hemos visto en su género, y la maquinaria, á cargo del mismo señor, estuvo perfectamente entendida y ejecutada. En los bailables no se advirtió gran novedad; pero salvo algun tanto de pesadez, gustaron mucho

al público.—La beneficiada es la estrella de ese baile, y trabajó esa noche como siempre y como nunca: esto es, bailó con su acostumbrada inteligencia y gracia; pero como cada dia nos gusta mas, cada vez la encontramos mejor. En la mazurka que baila con Petipá, lució toda la coquetería francesa y toda la maestría del arte; en el *jaleo de Jerez*, se presentó con toda la gracia de una española, y bailó con todo el garbo de una andaluza esbelta y resalada. Vestida con toda la propiedad de una jerezana garbosa y terne, sublevó al público apenas se presentó en la escena, é hizo crecer el entusiasmo con sus graciosas *recogidas* y sus airoas inflexiones. En locura rayaban los aplausos de los expectadores, que la hicieron repetir el *jaleo* las primeras noches; si llega á *matar la araña* (única cosa que ha omitido) no sabemos lo que hubiese hecho el público. Persona na habia allí que hubiese invadido el tablado para pasearla en triunfo por la escena. Ovacion mas propia que la de arrojarla una corona, como se hizo la segunda noche. Ya hemos dicho en otra ocasion que las coronas suelen ser para la cabeza, y que para las piernas se usan ligas y zapatillas, las cuales siendo de oro y pedrería, valen mas que una corona de laurel, y aprovechan mas sobre todo.

En cuanto á la moraleja del *Diablo Enamorado*, copiamos á continuacion el argumento del libro que se vendia á la puerta del teatro.

“Era tradicion en la familia del conde Federico, que si al tomar posesion de sus estados invocaba al diablo, este se hallaba siempre dispuesto á su servicio, con la condición dura, pero obligatoria, de entregarle su alma, al cabo de cierto tiempo.

El jóven conde, arruinado por el juego y por los placeres, viéndose ya sin recurso humano, apeló al medio sobrenatural de obligar á Belcebú á venir á servirle, sin cuidarse del resultado de su atrevida determinacion.

El principe de los infiernos, soberbio todavía y desdenando la humillacion de sujetarse á los caprichos del arruinado señor, confió este empleo á Uriela, diablillo del sexo femenino, la que dando entrada en su pecho al amor, no solo salva á Federico y le encamina á la virtud, sino que logra ella misma el cielo en premio de su buena accion.”

Hé aquí los principales sucesos ocurridos en los últimos dias del pasado enero; los teatros han estado tan remisos para los beneficios que están aglomerados una multitud de ellos, y sabe Dios cómo andarán para darlos cima en el presente año cómico. O las empresas tienen poca fé en el mérito de las producciones que nos preparan, se le alcanza poco de achaques de teatros; pues apenas podrán hacer dos dias cada una de las funciones que tienen aplazadas. En el número inmediato sabremos qué suerte han corrido *Los Misterios de Madrid*; *Un rebato en Granada*, y *A río revuelto*. ¡Dios quiera que la ganancia sea para los pescadores! Y haga el cielo que los pescadores esta vez seamos los profanos.



AL CUADRO DE LA ASUNCION,

OBRA MAESTRA DE RUBENS,

que existe en el museo de pinturas de Valladolid.

¿De dónde tanta belleza,
Oh Rubens, dime, tomáste?
¿Al Empireo te eleváste
A copiar en su pureza
La santa naturaleza?
A la Virgen en el vuelo
De la Asuncion, desde el suelo
Seguiste: es cosa segura,
Pues descubre tu pintura
Que la copiaste en el cielo.

P. F. BAEZA.

ANUNCIOS.

NOVISIMA SEMANA SANTA,

TRADUCCION

DEL OFICIO DE LA SEMANA SANTA

y de las misas de los tres dias de Pascua de Resurreccion, con meditaciones piadosas para cada uno de los dias de la misma Semana, y para el domingo de Pascua, explicacion de las tinieblas, adoracion de la Santa Cruz, preparacion para confesarse y comulgar, accion de gracias para despues de la confesion y comunión, y otras devociones.

POR EL PRESBITERO

Don Juan Diaz de Baeza.

DEDICADA

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Adornada con 17 láminas finas.

ADVERTENCIA.

Nos hemos esmerado en presentar al público una *Semana Santa* traducida al castellano, que llene todos los deseos de la devocion, de la economía y de la comodidad. Todos los lugares de la Sagrada Escritura, con las notas convenientes, están copiados de la traducción de la Santa Biblia, publicada por el Ilmo. señor Amat, traducción tan apreciada por todos; y los pasajes que no son de la Escritura están vertidos en nuestra lengua con toda la claridad necesaria para que entiendan lo que leen aun los menos instruidos. El tamaño del libro es sumamente cómodo y manuable; la hermosura y limpieza de la edicion, asi como su buen papel, están á la vista de todos.

PRECIOS.

En tafilete, planchas doradas. . .	Rs. vn. 50
Idem con mosaicos.	70
En terciopelo con adornos dorados. . . .	80
Idem con planchas doradas.	110
Idem con mosaicos y láminas iluminadas. .	180

NOVISIMO

QUE COMPRENDE CUANTAS ORACIONES FORMAN EL MAS COMPLETO

Devocionario.

Contiene: el ejercicio de la mañana, entre dia y para la noche; exámen de conciencia, oraciones para la confesion y sagrada comunión; y ademàs las principales misas de las grandes festividades del año y la de Difuntos, segun el Misal Romano, con el ordinario, prefacios y colectas de ellas: todo en latín y castellano, con otras muchas oraciones.

POR

D. S. DE A.

Cuarta edicion, considerablemente aumentada y adornada con 23 láminas finas.

PRECIOS.

En pasta.	Rs. vn. 14
Idem con relieve.	18
Tafilete con relieve.	26
Idem con planchas doradas.	40
Idem, idem con mosaicos.	60
En terciopelo, adornos dorados.	70
Idem con planchas doradas.	90
Idem con mosaico y láminas iluminadas. .	160

TESORO

DE LAS

CIENCIAS MÉDICAS.

Ó SEA

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS DE MEDICINA, CIRUJIA, FARMACIA Y CIENCIAS AUXILIARES QUE VEAN LA LUZ PUBLICA EN EL ESTRANJERO Y DE VARIAS ORIGINALES.

POR UNA SOCIEDAD DE MÉDICOS.

COMPUESTA

de los señores don Mariano Delgrás, don Gabriel Usera, don Anastasio Chinchilla, don Francisco Mendez Alvaro, don Francisco Alonso, don Serapio Escolar, don José Calvo y Martín, don Tomas Santero, don Rafael Saez Palacios, don Carlos Ferrari, y otros varios profesores de medicina y de Farmacia.

LA DIRECCION ESTA ENCOMENDADA

A DON FRANCISCO MENDEZ ALVARO.

PROSPECTO.

Muchas obras de medicina, cirugía y farmacia se han publicado en nuestro idioma estos últimos años; mas sin embargo, en medio de tanta abundancia se experimenta todavía alguna necesidad de este género de producciones. Depende en parte semejante fenómeno, al parecer sorprendente, de la falta de tino en la elección de las obras publicadas hasta ahora; pero sobre todo del prodigioso movimiento intelectual de la época, del modo de efectuarse los estudios, y del predominio que han llegado á adquirir las doctrinas escépticas.

Efectivamente, la medicina actual se diferencia mucho de la medicina de los siglos anteriores, respecto á su enseñanza y al modo de propagación de los conocimientos científicos. Por eso se han reducido, casi hasta nuestra época, los escritos médicos á sostener ó combatir sistemas, algunas veces ingeniosos, pero siempre absurdos; á comentar ciertas obras clásicas respetadas por todas las edades, interpretando su doctrina según la teoría dominante, y á recopilar esos mismos preceptos de los autores, disponiéndolos en forma de compendios ó mas bien de simples catálogos de definiciones, destinados para servir de guía al estudiante en los primeros pasos de su carrera. Como entonces solia dominar un sistema médico por espacio de largos años, bastaban siempre á los discípulos, y muchas veces á los prácticos, las obras adoptadas para texto en las escuelas; ó á lo sumo enriquecían los últimos su biblioteca con unos cuantos libros que solian pasar de padres á hijos, recorriendo tal vez varias generaciones. No así en la actualidad. Ahora no hay sistemas: ahora reina en la medicina, como en la filosofía, las demás ciencias, y hasta en la política, el escepticismo mas completo. Todos los pareceres, aun los mas insignificantes y escasos de valor, tienen un derecho á ser atendidos y estimados en algo; y por lo tanto se apresuran los médicos á publicar sus opiniones y á conocer y juzgar las ajenas. El sistema y la tradición, dice con verdad un escritor moderno, que han servido de guía á los prácticos hasta nuestra época: nosotros diremos que al sistema ha reemplazado la observación fiel de la naturaleza, y á la tradición el mas sano y concienzudo criterio de los hechos observados y de los preceptos deducidos.

De esta manera han venido á ser la adquisición y la lectura de cuantas obras buenas se publican, una necesidad imprescindible para aquellos que no

renuncien voluntariamente á la consideración que todos deseamos merecer, tanto al público como á nuestros mismos profesores. Y no solo bajo este punto de vista es una necesidad la lectura de buenos libros: ¿quién tiene ánimo bastante ó mejor dicho, bastante fuerza de inercia para resistir al ansia de saber que agita á la sociedad entera? ¿quién no se deja llevar de esa corriente impetuosa que todo lo mueve y cambia á cada instante? Nadie: porque ese sentimiento es común á todas las clases y á todos los países, hasta el punto de constituir uno de los mas notables caracteres de este siglo de progreso y de civilización.

Pues bien, nosotros deseamos satisfacer en alguna manera esa necesidad, cada día creciente, esa necesidad que se reproduce y aumenta, porque es imposible tenga término mientras no alcance la medicina el grado mas alto de perfección.

En el TESORO DE LAS CIENCIAS MEDICAS hallará nuestra juventud cuantas obras elementales se publiquen de conocido mérito, así como los mejores Manuales ó compendios. Los prácticos encontrarán tambien todos los buenos libros que les convenga consultar en los casos áridos, y conseguirán con muy corto dispendio reunir la mas preciosa colección de escritos prácticos que ha producido hasta el día la prensa española. Unos y otros, estamos seguros de ello, reconocerán muy pronto que no intentamos deslumbrarles con pomposas é irrealizables ofertas.

El TESORO empezará á publicarse inmediatamente por tomos en 8.º prolongado y tipos compactos é iguales á este prospecto; la calidad del papel, así como la claridad y belleza de la impresión, nada dejará que desear. Cuando sean necesarias láminas para la ilustración del texto, se darán preciosamente grabadas ó litografiadas por los mejores artistas.

Nada mas diremos para recomendar nuestra publicación: baste saber que tanto en la elección de las obras como en el esmero de la traducción, nos proponemos justificar que no sin motivo hemos adoptado el título de TESORO DE LAS CIENCIAS MEDICAS. Por lo que toca á la edición y á las garantías que pueden desear los suscritores, nos limitamos á manifestar que es propiedad y sale de las acreditadas prensas de DON IGNACIO BOIX. Lo que si conviene advertir es que «ninguna de las colecciones de obras de medicina, cirugía y farmacia publicadas hasta aquí, igualará á esta en bondad y baratura.»

OBRAS EN PRENSA.

Guía del Médico práctico, por Mr. VALLEIX. Obra que goza en Francia de la mayor reputación, y que desean con ansia los profesores españoles.

Manual de Anatomía general, por MARCHESSEUX. Muy útil para los estudiantes, un tomo.

Nuevo tratado de Farmacia teórica y práctica, por SOUBEIRAN, traducido de la última edición.

DEGUIN.—Curso elemental de Física: — 3 tomos. Arreglado á la última edición.

OBRAS QUE SE PUBLICARAN.

Ademas de todas las que compongan la Biblioteca del Médico práctico, que sale á luz en París bajo la dirección del Dr. Fabre, y de cuantas nos parezcan de reconocido mérito, tendrán cabida en nuestra colección las siguientes:

ANDRY.—Manual práctico de auscultación y de percusión.

BOUCHARDAT. { Manual de Física.
Manual de Química.
Manual de Historia Natural.
Manual de Terapéutica y Materia médica.

BURGIERES.—Manual de Anatomía patológica.

CAZALIS.—Manual de Fisiología humana.

CHELIUS.—Tratado completo de Cirugía, última edición.

CHOMEL.—Patología general. Última edición considerablemente aumentada.

CRUVEILLHIERT.—Anatomía descriptiva. Última edición.

DENONVILLIERS.—Anatomía de regiones.

DESPREZ.—Manual de Anatomía descriptiva.

FOY.—Manual de Higiene.

HARDY Y BEHIER.—Patología interna.

JACQUEMIER.—Tratado de partos.

LONDE.—Tratado completo de Higiene. Última edición.

MAISONNEUVE.—Manual de Patología y Clínica médica.

MALGAIGNE.—Manual de Medicina operatoria. Última edición mucho mas completa que las anteriores.

MULLER.—Tratado de Fisiología.

NELATON.—Elementos de Patología quirúrgica.

TROUSSEAU Y PIDOUX.—Tratado de Terapéutica y Materia médica.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la librería de su Editor don IGNACIO BOIX, calle de Carretas, núm. 8; y en las provincias, en las principales Librerías y Administraciones de Correos.

NOVISIMO

EJERCICIO COTIDIANO.

Que comprende en un todo las mismas oraciones que el Devocionario: todo en castellano, adornado con 23 láminas finas.

POR D. S. DE A.

En pasta, Rs. vn. 12

Idem con relieve, 16

Tafilete con relieve, 26

NUEVO

EJERCICIO COTIDIANO.

Con oraciones para antes y después de la confesión y sagrada comunión; contiene todos los actos necesarios para un cristiano.

Novísima edición adornada con 50 hermosísimos grabados.

Un tomo en 16.º á seis reales en pasta; o con relieves; en tafilete y papel fino diez y seis.

Estas cuatro obras devotas se hallan de venta en Madrid en la librería de García, calle de Concepción Gerónima, núm. 25.

Se hallarán igualmente en la librería de Boix, calle de Carretas, núm. 8.

ADVERTENCIA.

A pesar de que la mayor parte de nuestros lectores sabrán la causa del retraso ocurrido en la publicación de este número por los anuncios de los periódicos, no creemos innecesario repetir aquí, que ha sido por haberse equivocado el orden de ajuste, y preferir el editor la tardanza de una nueva tirada y pérdida de la primera, á la de manchar el lujo con el que hasta el día ha procurado sostener esta publicación. Los suscritores del LABERINTO dispensarán este retraso, que no se hará sentir en los números inmediatos.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Flores. Impreso en las prensas mecánicas de D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, núm. 8.